



i buen trabajo, Sheridan !

joseph berna



SS

SERVICIO SECRETO



JOSEPH BERNA

¡BUEN TRABAJO, SHERIDAN!

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.257

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 30.858 - 1974
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: septiembre, 1974

© Joseph Berna - 1974
Texto

© Jorge Núñez - 1974
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo
que cualquier semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

Era martes.

Y trece.

Un día fatal para los supersticiosos.

Pero no para Mike Sheridan, un joven de facciones agradables, moreno, buena talla, veintiocho años, redactor de *La Gaceta Neoyorquina*, un periódico de mediana categoría que se editaba en la ciudad de los rascacielos.

Mike Sheridan no era supersticioso.

Tampoco lo era Patricia Stills, una pelirroja fuera de serie que se hallaba sentada junto a él, en el diván de la sala de estar del apartamento de Sheridan.

Tras dedicarle un abaniquero de pestañas, capaz de embaucar al más experto conquistador, le echó los brazos al cuello, entreabrió los labios y se los acercó lentamente.

Mike Sheridan tenía por costumbre salir al encuentro de los labios femeninos que se le acercaban en aquellas condiciones.

No quiso hacer una excepción.

Al finalizar el maratónico beso, se separaron un poco y suspiraron a dúo, con bastante anormalidad.

La atrevida pelirroja sonrió pícaramente y susurró:

—¿Y cuándo me harás la entrevista?

—¿Qué entrevista? —murmuró Mike Sheridan, besándola otra vez fogosamente.

Cuando la pelirroja recuperó su libertad labial, dijo:

—¿Ya no lo recuerdas, Mike? Tú eres periodista...

—Te equivocas, Patricia; yo soy bombero.

—¿Qué...?

—Sí, soy bombero. Y como tú tienes fuego en los labios, mi obligación es apagarlo.

—¿Cómo, Mike? —inquirió ella con astucia.

—A besos —respondió él, cubriendo la boca de la irresistible pelirroja con la suya. Cuando Patricia pudo hablar, dijo:

—Pido unos minutos de tregua, señor bombero.

—¿Para qué, hoguera de mis sueños?

—Para aclarar lo de la entrevista.

—Dejemos eso para después, preciosa —propuso Sheridan, tratando de besarla de nuevo.

Patricia se lo impidió, interponiendo una mano entre sus bocas.

—Mike... —musitó dulcemente.

—¿Qué?

—Tienes que hacerme la entrevista para que se publique en *La Gaceta Neoyorquina*.

—Ahora no estoy en condiciones de entrevistar a nadie, Patricia.

—¿Por qué?

—Porque mi cerebro está pensando en otras cosas.

—Atrevido... —le recriminó ella, haciendo un mohín pícaro.

—Ven a mis brazos, Patricia —dijo Sheridan, convertido en pulpo.

Ella todavía se resistió un poco.

—¿Me das tu palabra de que luego me harás la entrevista?

—Te la doy.

—¿Será buena, Mike?

—La mejor que haya hecho jamás.

Se disponía a besarla, cuando sonó el timbre del teléfono.

—Está sonando el teléfono, Mike...

—Te confundes, es el despertador.

—¿A las diez de la noche...? —inquirió irónica.

—Se habrá averiado.

—No, Mike... Lo que está sonando es el timbre del teléfono.

El periodista, que de sobra sabía que era el condenado teléfono lo que les estaba interrumpiendo, se levantó del diván rezongando imprecaciones por lo bajo.

Se acercó a la mesa en la cual descansaba el aparato, descolgó el auricular y gruñó:

—Aquí el Parque de Bomberos. ¿Qué es lo que se le está quemando?

—¿Cómo...? —tartamudeó una voz de hombre a través del hilo telefónico.

—Si no es un incendio importante, arréglese usted con el extintor del coche. Buenas noches.

—¡Por todos los...! ¡Quiero hablar con Mike Sheridan!

—El bombero Sheridan está muy ocupado —dijo el periodista, mirando entusiasmado a la deseable pelirroja—. ¿Por qué no llama usted dentro de una semana?

—¿Acaso es usted...?

—¡Sí...! —se desgañitó la voz que llegaba por el receptor—. ¡Soy Raoul Curtis!

El periodista cambió de color, tragó saliva con dificultad y trató de disculparse:

—Mil perdones, jefe...

—¡Mil pimientos! —Relinchó Raoul Curtis, director de *La Gaceta Neoyorquina*.

—Pero jefe, cómo iba yo a saber... —repuso a trompicones Mike Sheridan, consciente de la metedura de pata que acababa de realizar.

Patricia Stills reía divertida, porque los chillidos que emitía el director del periódico permitían que ella, desde el diván, oyese claramente todo el diálogo.

Raoul Curtis continuó bramando:

—¿Y qué era lo que tenías entre manos, Mike? ¿Una rubia? ¿Una morena? ¿O acaso era pelirroja?

—A la tercera dio en el clavo, jefe —respondió Sheridan, casi sin darse cuenta.

—¡Maldito bribón! —graznó Raoul Curtis—. ¡Tienes la desvergüenza de confesarlo!

—No piense mal, jefe. La pelirroja y yo...

—¡Estabais jugando al ajedrez! —Rugió sarcástico el director de *La Gaceta Neoyorquina*—. ¿A que sí, Mike?

—No, jefe. Pero no me parece justo que me esté recriminando por tener a una pelirroja en mi apartamento. Al fin y al cabo, usted es el responsable de que ella esté aquí.

—¿Yo...? —Mugió Curtis.

—Usted me pidió esta tarde que entrevistara a una de las modelos publicitarias que trabajan actualmente en Televisión. Yo elegí a Patricia Stills, la pelirroja que realiza el anuncio de las medias «Cupido», y que mientras aparece en la pantalla de los

televisores poniéndoselas, dice con cálida voz y gesto malicioso: «Use medias “Cupido” y no se quedará sin marido». ¿Conoce usted ese anuncio, jefe?

—¡Yo uso calcetines! —gritó Raoul Curtis.

—Demonios, jefe, y yo también. Pero cuando tengo conectado el televisor y aparece el anuncio de las medias «Cupido», no me pasa por alto. Unas piernas como las de Patricia Stills no se ven muy a menudo... —dijo Mike, guiñándole un ojo a la modelo publicitaria.

Raoul Curtis escupió una maldición y chilló:

—¡Mike...!

Sheridan volvió a la realidad y empezó a toser nerviosamente.

—Perdón, jefe. ¿De qué estábamos hablando?

El director de *La Gaceta Neoyorquina* masculló algo y después interrogó:

—¿Has terminado la entrevista?

Mike Sheridan se pasó la mano zurda por la cara.

—Bueno, jefe, yo...

—¿La has terminado, Mike? —insistió Curtis.

—La verdad es que no... Patricia Stills sólo lleva unos minutos en mi apartamento y... —¡Olvídate de la entrevista, Mike!— ordenó Raoul, furioso.

—Pero jefe...

Sheridan miró consternado a la pelirroja.

Patricia Stills había sustituido su risueña expresión por otra de intenso furor.

—La modelo se va a enfadar, jefe... —advirtió el periodista.

—Lo primero es lo primero, Mike. Ha surgido un imprevisto y te necesito para otro trabajo.

La pelirroja, que lo había captado todo, brincó del diván y caminó furiosa hacia la puerta del apartamento.

—Espera, Patricia, yo te explicaré... —suplicó Mike.

Pero no hubo tiempo para explicaciones.

Patricia Stills salió del apartamento y cerró de un portazo que hizo temblar las paredes. Sheridan exhaló un suspiro y comunicó:

—La chica se ha ido, jefe. Y convertida en una tempestad.

—Te acabo de estropear el plan, ¿eh? —Intuyó Raoul Curtis.

—Al grano, jefe. Hábleme de ese trabajo urgente.

—Tienes que ir cuanto antes al Madison Square Garden.

—Pero jefe, ¿en el Madison Square Garden no es dónde se zurra la gente?

—Sí, muchacho. Esta noche se está celebrando en el Madison Square Garden una importante velada de boxeo. Ya habrán dado comienzo los combates preliminares, pero el que verdaderamente interesa a los aficionados es el que se disputará en último lugar, que enfrenta a Tony Ballard, de los Ángeles, y a Kid Garland, de Nueva York. Es el combate estelar de la velada. Tú te encargarás de hacer el comentario del mismo.

—Oiga, jefe, ¿no es Mel Rennie el crítico deportivo de *La Gaceta Neoyorquina*?

—Lo es.

—Entonces... ¿por qué no va Mel Rennie al Madison y se ocupa del comentario de los combates, como es su obligación?

—Porque está en la clínica Jefferson.

—¿Cómo? —exclamó con sorpresa Sheridan.

—Sí, Mike. Acaban de comunicármelo. Mel Rennie sufre fisuras en el ilion y en el isquion.

—No me hable en chino, jefe. Yo nací en Brooklyn, y por si no lo sabe, eso está en Nueva York, no en Pekín.

Raoul Curtis soltó un rugido.

—¡Son huesos de la cadera!

—¿Cómo se lastimó Rennie? —inquirió rápidamente Sheridan, para que Raoul Curtis no estallara como una bomba.

—Cuando salía de la bañera pisó una pastilla de jabón. El resto ya puedes suponértelo.

—De veras lo siento. Pero aun así, no soy la persona indicada para sustituir a Mel Rennie.

—No dispongo de otra.

—Yo no entiendo ni jota de boxeo, jefe. Cuando un amigo me habló de Cassius Clay creí que se refería a un campeón de billar.

El director de *La Gaceta Neoyorquina* blasfemó de nuevo.

—¡Otra broma más y te pongo en la calle!

—El humor purifica el alma, jefe.

—¡El humor purifica un nabo! —Rebuznó Raoul Curtis.

—Okay.

A través del auricular se percibía el sonido que producía la agitada respiración del director del periódico.

—Mike... —Pronunció Raoul Curtis, esforzándose por calmarse.

—¿Sí, jefe?

—Menos charla inútil. Ve sin pérdida de tiempo al Madison.

—El comentario me saldrá muy mal, jefe. No le miento cuando digo que no entiendo nada de boxeo. Ni siquiera conozco el reglamento. ¿Cómo puedo comentar los combates en esas condiciones?

—Los compañeros de la Prensa te ayudarán, Mike. Pregúntales cosas. Lo demás, lo verás en el cuadrilátero.

—Si usted lo dice...

—Estoy seguro, muchacho —repuso en tono amable Curtis—. Tú no tienes nada de torpe, Mike. Si te lo propones, saldrás airoso del trance y harás un gran favor a *La Gaceta Neoyorquina*.

—Al menos lo intentaré, jefe.

—Con eso me basta, Mike. Y si te salen las cosas bien, hecho que no dudo, te ganarás una prima de cincuenta dólares.

—¿Cincuenta pavos, jefe? —balbució Sheridan.

El director del periódico soltó una risita.

—Contantes y sonantes, muchacho.

—¡Cuenta con el mejor comentario que aparecerá mañana en los periódicos de la ciudad sobre la velada pugilística de esta noche! —exclamó jubilosamente Sheridan.

CAPÍTULO II

Mike Sheridan aparcó su coche, un «Mercury» azul, ante el Madison Square Garden. Salió del vehículo y se introdujo con muchas prisas en el grandioso recinto deportivo. El Madison se hallaba repleto de aficionados.

Mike fue acompañado por uno de los empleados del local hasta las sillas de *ring* destinadas a los comentaristas deportivos.

Mike Sheridan agradeció la deferencia del empleado con una sonrisa.

Y con un dólar.

Esto último le cayó mejor al empleado del local.

Mike ocupó su silla.

—¿Qué le pasó a Mel Rennie? —preguntó el hombre que se encontraba sentado a la derecha de Sheridan. Aparentaba unos cuarenta y dos años, era corto de estatura, delgado, rostro afilado.

—Se cayó en el cuarto de baño y se lastimó la cadera —respondió Mike—. Estará inactivo dos o tres meses.

—Qué fatalidad... ¿Vas a encargarte tú de la sección deportiva de *La Gaceta Neoyorquina*?

—Eso pretende mi jefe, que sustituya a Rennie. Tarea difícil, porque estoy pez en esto del boxeo.

—Todo se aprende, muchacho —sonrió con amabilidad el tipo bajito.

—Si tienes alguna duda, no tengas reparo y pregunta, chico —intervino un pelirrojo que se sentaba a la izquierda de Mike Sheridan.

Mike se fijó en él y dijo, sonriendo:

—Gracias. La verdad es que voy a necesitar mucha ayuda...

—Te la prestaremos. Los colegas debemos colaborar unos con otros. Soy Jerry Dolan, del diario *World*.

—Mike Sheridan —se presentó el periodista de *La Gaceta*

Neoyorquina, estrechando la mano que le ofrecía el pelirrojo.

—Mi nombre es Stephen Hyland, Mike —dijo el bajito—, del *New York Sport*. Y al igual que Jerry, estoy a tu entera disposición.

—Gracias, Stephen —repuso Sheridan, estrechando también la diestra de Hyland—. Me veré precisado a abusar de vuestra amabilidad.

—Abusa cuánto quieras. —Autorizó el pelirrojo Dolan.

—Me han dicho que el combate más importante es el que se va a disputar en último lugar...

—Así es, Mike —confirmó Stephen Hyland—. Ahora se está celebrando el quinto de la noche. A continuación, saldrán Tony Ballard y Kid Garland; es el plato fuerte de la velada.

—¿Es verdad que Kid Garland se presenta favorito? —Quiso saber Sheridan.

—Sin duda alguna —contestó Jerry Dolan, echándose en la boca una pastilla de goma de mascar.

El periodista del diario *World* empezó a producir sonoros chasquidos.

—¿Por qué, Jerry? —interrogó Mike Sheridan—. ¿Tan superior es Kid Garland?

El pelirrojo se encogió de hombros y respondió:

—No es superior a Tony Ballard, pero le vencerá antes de que concluya el sexto o séptimo asalto, ya lo verás.

Sheridan compuso un gesto de sorpresa.

—Eso no lo entiendo, Jerry...

—Lógico, teniendo en cuenta de que tú eres novato en estas lides —terció Stephen Hyland.

—Explícate, Stephen —rogó Mike.

—Tony Ballard es un buen boxeador; magnífico, diría yo. Sin embargo, Kid Garland será el triunfador de la pelea, porque pertenece al gimnasio de Henry McLaine.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Mike.

—Los boxeadores que forman el equipo de Henry McLaine suelen perder pocas peleas. Concretamente, en los últimos catorce meses, ninguna.

—Pero Jerry acaba, de decir que Kid Garland no es superior a Tony Ballard... —observó Sheridan, cada vez más confuso.

—Y ha dicho la verdad, Mike. El historial del californiano es

excelente. En sus últimos combates ha demostrado claramente ser mejor que sus adversarios y les ha derrotado con suma facilidad, pero... porque ninguno de éstos pertenecía al gimnasio de Henry McLaine.

El pelirrojo Dolan, sin ningún entusiasmo, profetizó:

—Esta noche se romperá la racha victoriosa de Tony Ballard.

Mike Sheridan guardó silencio y empezó a reflexionar.

—¿En qué piensas, Mike? —inquirió Stephen Hyland.

—En lo que habéis dicho. Por mucho que me esfuerzo, no logro comprenderlo. Si el californiano es un buen púgil, ¿por qué no le dais ninguna posibilidad de victoria?

—No te desgastes, el seso, Mike —aconsejó Jerry Dolan—. Las cosas son como son y así hay que aceptarlas si no quiere uno volverse loco.

—Con eso no me aclaras nada, Jerry —repuso Sheridan.

Stephen Hyland medió:

—Jerry quiere decir que no vale la pena devanarse los sesos tratando de solucionar problemas que no tienen solución. El neoyorquino vencerá; de forma más o menos convincente, pero vencerá. Nosotros, nos limitaremos a comentar en nuestros respectivos periódicos el triunfo de Kid Garland, sin ponerle peros, porque es lo más aconsejable.

Mike Sheridan arrugó el ceño.

—¿Aconsejable...? —repitió con extrañeza.

—Sí, muchacho. No resulta conveniente meterse con los boxeadores de Henry McLaine, sobre todo, si estos resultan vencedores en sus combates. Y como así viene sucediendo últimamente...

—¿Por qué no resulta conveniente, Stephen?

—Porque trae problemas, Mike.

—¿Qué clase de problemas?

—Muy variados... Pero bueno, nos estamos alejando de la cuestión, Mike. Lo que Jerry y yo debemos hacer es informarte sobre la técnica del boxeo, no embrollarte con sus raras interioridades. Al fin y al cabo, tú estás en esto circunstancialmente, hasta que Mel Rennie se recupere del batacazo.

Sheridan no estuvo muy de acuerdo con que Stephen Hyland zanjase de aquel modo la cuestión, dejándole completamente a

oscuras sobre lo que éste había denominado «raras interioridades».

Se disponía a insistir en el asunto, cuando Jerry Dolan dijo:

—Ha terminado el quinto combate, Mike. Enseguida tendremos en el cuadrilátero a Tony Ballard y Kid Garland. Prepara tu libreta de apuntes.

En efecto, había sonado la campana, dando fin a la pelea que hasta entonces se había estado disputando.

Los jueces entregaron sus cartulinas con la puntuación otorgada a cada púgil y por los altavoces se dio el nombre del vencedor.

El árbitro levantó el brazo del boxeador que tenía a su izquierda, proclamándole ganador.

El púgil declarado vencedor, un muchacho de unos veintitrés años, sonrió sin ganas. Mike Sheridan comprendió que el boxeador triunfador no sintiese deseos de sonreír. El pobre muchacho tenía los labios hinchados, un pómulo partido y el ojo zurdo negro como la noche.

Claro, que peor estaba el púgil derrotado, porque resultaba difícil saber quién era, guiándose por las facciones del rostro.

Sheridan quedó muy impresionado por la crudeza de lo que veía.

—¿A vosotros os divierte esto? —preguntó con la mirada fija en el *ring* y la expresión sería.

—Hombre, no siempre resulta tan desagradable... —respondió Jerry Dolan, que seguía masca que te masca con su chicle.

—Lo que sucede es que estos boxeadores —manifestó Stephen Hyland—, no poseen técnica, no saben cubrirse... Sólo se dedican a soltarse puñetazos. Así acaban los pobres...

Súbitamente, un griterío enorme atronó el recinto deportivo.

Los aficionados se habían percatado de que Tony Ballard y Kid Garland avanzaban hacia el *ring* y no cesaban de lanzar gritos.

Las demostraciones eran casi todas para el neoyorquino, lógicamente, porque era el boxeador de la ciudad y tenía más partidarios.

Tony Ballard contaba con menos simpatizantes, pero tampoco le faltaban frases de aliento, porque en Nueva York residían bastantes californianos y muchos de ellos se habían dado cita aquella noche en el Madison Square Garden, con la esperanza de que su paisano derrotara a Kid Garland y acabara con la fama de invencibles que

habían adquirido últimamente los púgiles pertenecientes al gimnasio de Henry McLaine.

El griterío se hizo ensordecedor cuando los dos boxeadores subieron al cuadrilátero y saludaron al público.

El locutor se ocupó de las presentaciones.

Kid Garland pesaba noventa y dos kilos, medía 1,78, tenía treinta años y poseía unos músculos poderosos.

Tony Ballard había dado en la báscula ochenta y seis kilos, y su estatura era de 1,80, contaba veintiocho años y podía sentirse orgulloso de su constitución física. Aunque no resultaba tan corpulento como el neoyorquino, daba la impresión de ser más ágil, más flexible y más resistente que Kid Garland.

Mike Sheridan, quizá a causa de lo que habían comentado Jerry Dolan y Stephen Hyland, sintió una súbita simpatía por el púgil de Los Ángeles.

Al instante, Mike se sorprendió de sus propios pensamientos.

Demonios, si él no era aficionado al boxeo, ¿a qué venía aquello de desear con tantas ganas la victoria de Tony Ballard?

Sin embargo, la deseaba, ¡qué diablos!

Pero todos los comentaristas deportivos habían pronosticado con absoluta seguridad la victoria de Kid Garland.

Por algo sería...

Mike Sheridan tenía grandes deseos de saber qué era ese «algo».

El comentarista del diario *World* se fijó en Sheridan y preguntó sorprendido:

—¿Estás nervioso, Mike?

—Toma, Mike, masca un chicle —aconsejó Dolan, entregándoselo muy sonriente—. Te ayudará a calmar los nervios.

—Pero si a mí el boxeo ni fu ni fa... —insistió Sheridan, aunque aceptó la pastilla de goma de mascar—. Os aseguro que no estoy nervioso —añadió, colocándose el chicle en la boca.

Stephen Hyland soltó una carcajada.

—Le encontrarás mejor sabor al chicle si le quitas la envoltura, Mike... —opinó irónico.

—Diablos, cómo estoy esta noche... —rezongó el periodista de *La Gaceta Neoyorquina*, cansado ya de hacer el ridículo por culpa de sus dichosos nervios.

Mike Sheridan interrumpió sus explicaciones, porque acababa de

sonar la campana, dando comienzo el combate entre Tony Ballard y Kid Garland.

La algarabía de los aficionados se hizo indescriptible.

El californiano y el neoyorquino empezaron a danzar, estudiándose mutuamente antes de lanzar los primeros golpes.

El púgil de Los Ángeles debía ser un buen estudiante, porque a los pocos segundos de iniciada la pelea, ya le había sacudido con el guante derecho en todas las narices al neoyorquino.

Kid Garland quiso devolver el golpe, para nivelar cuanto antes la puntuación del asalto, pero no estuvo muy acertado, ya que sólo golpeó la atmósfera.

El californiano le tapó la boca con el guante zurdo.

Una fracción de segundo después, le calentaba la oreja izquierda.

El neoyorquino trató de cubrirse la cara con los guantes.

Lo consiguió.

Entonces, Tony Ballard la emprendió con el estómago y los costados de Kid Garland. Pobre neoyorquino...

Cuando finalizó el primer asalto, el boxeador de Nueva York tenía en el rostro más señales que un mapa de carreteras.

El californiano, en cambio, se encontraba tan fresco.

Los simpatizantes de Tony Ballard bramaban rebosantes de satisfacción y se las prometían muy felices.

Mike Sheridan tenía que esforzarse mucho para no saltar de la silla y ponerse a aplaudir como el más acérrimo partidario del boxeador de Los Ángeles.

—¿Quién dijo que Kid Garland iba a comerse crudo al californiano? —preguntó muy alegre, mirando a Jerry Dolan y a Stephen Hyland.

Éstos cambiaron ama mirada.

El pelirrojo contestó:

—Esto sólo ha sido el principio, Mike.

—Los boxeadores del equipo de Henry McLaine suelen tener unas reacciones arrolladoras —añadió Hyland—. Cuando todo parece indicar que van a ser derrotados, consiguen reaccionar de forma fulminante y mandan a la lona a sus rivales. Sheridan creyó captar un leve matiz irónico en las palabras de Stephen Hyland.

—Pues yo creo que Kid Garland no podrá con Tony Ballard —

dijo muy convencido.

—Verás cómo te equivocas, Mike —dijo Jerry Dolan.

—El californiano perderá el combate —aseguró Hyland.

Mike Sheridan arrugó el entrecejo y replicó molesto:

—Sois dos agoreros de aúpa. ¿Tan antipático os resulta Tony Ballard?

—Al contrario —repuso el pelirrojo.

—Pues lo disimuláis muy bien —masculló Sheridan.

—No te enfades, Mike —dijo Hyland—. Por desgracia, nuestras simpatías personales no deciden el resultado de las peleas. Si cuando acabe el combate entre Ballard y Garland, el neoyorquino resulta vencedor, así tendremos que admitirlo, a pesar de que Kid Garland no nos caiga simpático y Tony Ballard sí.

No, Mike Sheridan no lo entendía. En lo alto del *ring* había dos boxeadores peleando. Uno de ellos, Tony Ballard, estaba demostrando ser muy superior al otro, a Kid Garland. ¿Cómo iba entonces a creer que el mejor púgil perdiese y el peor ganase?

El comienzo del segundo asalto cortó sus meditaciones.

Tony Ballard fue al encuentro de Kid Garland y reanudó la zurra.

El neoyorquino recibió un aluvión de golpes muy variados y muy efectivos.

Este segundo asalto fue un calvario para Kid Garland.

Pero consiguió soportarlo sin doblar la rodilla, aunque, ciertamente, poco le faltó.

La superioridad del californiano era tan manifiesta, que Mike Sheridan, a pesar de los vaticinios de sus colegas, tuvo la absoluta seguridad de que Tony Ballard sería el vencedor de la pelea.

Apenas comenzó el tercer asalto, Sheridan comprendió que las cosas ya no sucedían como hasta entonces.

Tony Ballard golpeaba con menos fuerza, con menor precisión, como si acusase el esfuerzo realizado en los dos primeros asaltos.

Kid Garland se dio cuenta del hecho y contraatacó con algunos buenos golpes.

Los aficionados neoyorquinos empezaron a rugir alborozados.

Este tercer asalto resultó más equilibrado, más igualado de fuerzas y de golpes.

El cuarto ya no.

El púgil de Los Ángeles lo inició vacilante.

Kid Garland le castigó con saña, sin recibir réplica alguna.

El californiano parecía una sombra que deambulaba trastabillante por el cuadrilátero, sin ideas, sin fuerzas, desconocido...

El neoyorquino, aprovechando que Tony Ballard tenía los brazos caídos, porque éste ya no podía ni soportar el peso de los mismos, le golpeó con dureza al mentón.

El californiano se fue de espaldas contra la lona.

Alix se quedó quieto, completamente inmóvil.

Había perdido el sentido.

El árbitro contó los diez segundos reglamentarios y luego declaró vencedor de la contienda, por fuera de combate, a Kid Garland.

El Madison Square Garden parecía que iba a derrumbarse a causa de los gritos de júbilo que lanzaban los partidarios del neoyorquino.

Mike Sheridan se había quedado estático, con una expresión de total estupefacción. No daba crédito a lo que habían presenciado sus ojos.

—¿Qué dices ahora, Mike? —preguntó Jerry Dolan, con el semblante entristecido.

—¿Ves cómo teníamos motivos para predecir el resultado del combate, muchacho? —comentó Stephen Hyland, cariacontecido también.

—¿Cómo ha sido posible...? —tartamudeó Sheridan.

—La clásica reacción de los boxeadores de Henry McLaine... —Manifestó Dolan, con amarga ironía.

—No, muchachos —dijo Mike Sheridan, moviendo la cabeza—. Nada de reacción. Jerry Dolan enarcó las cejas sorprendido.

Stephen Hyland respingó levemente.

—¿Qué quieres decir, Mike? —inquirió el pelirrojo.

—No lo sé. Pero no me trago eso de que Kid Garland ha tenido una «reacción». A Tony Ballard le ha sucedido algo extraño en el tercer asalto. Estaba sin fuerzas, desorientado, vacilaba como un borracho y su mirada no era clara. Por eso le venció Garland.

Hyland y Dolan se quedaron perplejos al oír a Sheridan.

El primero aconsejó:

—Mike, muchacho, deja de pensar en cosas raras y...

—No, amigos —le interrumpió Sheridan—. No voy a silenciar en mi comentario de *La Gaceta Neoyorquina* lo que he presenciado esta noche. Y os diré más: voy a tratar de descubrir lo que motiva las clásicas «reacciones» de los púgiles de Henry McLaine. Hyland y Dolan se quedaron mudos de asombro.

Cuando pudieron librarse un poco de su perplejidad, Mike Sheridan ya se alejaba con paso rápido.

Poco después salía del recinto deportivo.

CAPÍTULO III

Sandra Ericson, al igual que Mike Sheridan, pertenecía a la plantilla de redactores de *La Gaceta Neoyorquina*.

Sandra se ocupaba de captar y comentar en el periódico las noticias de sociedad. También, de cuando en cuando, escribía artículos punzantes, agudos, valientes, sobre muchos otros temas.

Además de ser una muchacha activa e inteligente, Sandra Ericson poseía un rostro bonito y un cuerpo esbelto, ambas cosas muy atractivas. Sus cabellos negros, cortos, graciosamente peinados, le daban cierto aire de picardía. Tenía veintidós años.

Sandra se disponía a colocar una hoja en su máquina de escribir, pero, cambió de idea. Acababa de ver entrar en su oficina a Mike Sheridan.

Y cuando Mike Sheridan entraba en la oficina de una chica bonita, ésta podía despedirse de continuar su trabajo... hasta que él se largase a piropear a otra.

Sheridan caminó hacia ella exhibiendo su sonrisa especial para morenas que estaban resentidas con él por haberles tomado el pelo en alguna ocasión.

—Buenos días, Sandra.

—Estando tú aquí, ya no pueden serlo para mí.

«La primera para empezar», pensó Sheridan, aunque sin perder su sonrisa, apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó un poco.

—Estás preciosa, Sandra... —murmuró.

—¿De veras? —repuso ella, inmutable.

—Te invito a almorzar, Sandra.

—Ni hablar. El manjar más exquisito tendría para mi sabor a estofado de gato estando a su lado.

—Oh, Sandra, no seas así, mujer... ¿Todavía me guardas rencor por faltar a aquella cita que tenía contigo y largarme con una rusa? —inquirió, compungido, Sheridan.

Sandra Ericson tuvo un chispeo de ira en sus rasgados y hermosísimos ojos pardos, pero no despegó los labios ni cambió el gesto de absoluta indiferencia.

Sheridan insistió:

—Ya te pedí disculpar por aquello, Sandra. No siempre tiene uno la oportunidad de salir con una rusa...

Sandra Ericson esbozó una sonrisa desdeñosa.

—La excusa que buscaste fue poco original, Mike.

—Olvidemos el pasado, Sandra.

Ella negó con la cabeza.

—Yo no olvido fácilmente, Mike. Te burlaste de mí y eso no te lo perdonaré nunca.

—Entonces también recordarás que nos besamos una noche a la luz de la luna, con una música de fondo que...

—No tuvo nada de maravilloso. Sólo nos dimos un par de besos totalmente intrascendentes —dijo ella con desgana.

—Olvidemos a la rusa, Sandra.

—Vete a paseo, Mike. Y cuanto antes, que tengo mucho trabajo.

Sheridan se inclinó todo lo que pudo y su rostro quedó muy cerca del de Sandra Ericson.

—Seamos otra vez amigos, Sandra.

—No.

—Dame una oportunidad, sólo una, y te demostraré que soy una buena persona.

—Ja.

—Si no sabes perdonar no irás al cielo, Sandra.

—¿Acaso irás tú? —sonrió ella con sarcasmo.

—No, si tú no me ayudas.

—¿Ayudarte...?

—Sí, Sandra. Sólo tú puedes conseguir que me convierta en una persona formal. Sólo tú puedes hacer que me olvide de las rusas, de las japonesas, de las mahometanas, de las...

—Fuera de mi oficina, Mike —le interrumpió ella.

—Dame un beso y me iré enseguida.

—Un taconazo en las narices —replicó ella, quitándose un zapato con rapidez y enarbolándolo cogido por la puntera, Mike Sheridan se hizo atrás velozmente.

—No eres justa conmigo.

—¡Largo de aquí o te taconeó la cara, bellaco!

—Ya me voy, ya me voy —dijo Mike, caminando hacia atrás.

—¡Y no vuelvas a poner los pies en mi oficina!

—Así será, Sandra. Pero si cambias de idea y decides almorzar conmigo, me encontrarás en el despacho del jefe.

—¡Maldito...! —gritó ella, enfurecida, lanzándole el zapato a la cabeza. Sheridan se agachó rápido y el zapato se estrelló con fuerza contra la pared.

El periodista se dio mucha prisa en salir de la estancia, porque Sandra Ericson hizo ademán de quitarse el otro zapato.

Una vez en el corredor, Sheridan respiró aliviado.

Menudo genio tenía la tal Sandra Ericson...

Mientras pensaba en la atractiva morena, Mike Sheridan avanzó por el corredor de la redacción y entró en el despacho del director del periódico.

La primera estancia era la antesala del mismo.

En ella trabajaba Marisa Andrews, la secretaria de Raoul Curtis. Marisa era una rubia de rostro agraciado y curvas pronunciadas. En aquel momento se hallaba de pie junto a un archivador.

—Estás preciosa, Marisa —dijo Sheridan, caminando hacia la chica de cabellos rubios con una sonrisa algo presuntuosa.

Ella acertó de pleno cuando replicó:

—Seguro que eso se lo dices a todas, Mike.

Sheridan, que ya se encontraba junto a la rubia, la abarcó por la cintura y la besó en los labios.

Cuando separaron sus bocas, ella protestó:

—No me gusta nada esa costumbre que tienes de besarme cada vez que vienes a ver al jefe.

—A mí, por el contrario, me encanta —repuso él, besándola de nuevo.

—Y a mí... —Ronroneó la rubia, con los ojos cerrados y la expresión dulce.

—¿En qué quedamos, Marisa? ¿Te gusta o no te gusta que te bese? Ella abrió los ojos y suspiró.

—Hombre, lo que se dice gustarme, gustarme... claro que me gusta. Pero tengo novio, Mike.

—Envidia al tipo, Marisa.

—No seas cínico. De haberlo querido, tú ocuparías su lugar.

—Tú estuviste más cerca de lograrlo que ninguna, Marisa — mintió Sheridan, para halagarla. Y le dio otro beso.

—Te repito que tengo novio, Mike... ¿Qué crees que pensaría él si supiera que no pasa un solo día laborable sin que me des cuatro o cinco besos?

—Me daría las gracias, seguro.

—¿Cómo...? —Parpadeó extrañada la rubia.

—Conmigo coges experiencia, y luego, tu novio se beneficia cuando te besa. ¿No te parece que es como para estarme agradecido?

—Eres imposible, Mike —sonrió ella.

Sheridan le recetó el cuarto beso y luego preguntó:

—¿Está el jefe, Marisa?

—Sí.

—Voy a verle. Cuando salga, si dispongo de unos minutos, te enseñaré el beso indio, que no tiene nada que ver con hacer el indio. Vale la pena conocerlo, preciosa.

—Qué bribón eres, Mike...

Sheridan le pellizcó una de sus suaves mejillas y después abrió la puerta que comunicaba con el despacho de Raoul Curtis.

El director de *La Gaceta Neoyorquina* se encontraba sentado en su sillón, tras una amplia mesa llena de periódicos.

Al ver a Mike Sheridan, dejó de prestar atención a los diarios matutinos y clavó sus ojos en él.

—¿Qué tal, jefe? —saludó Mike, muy sonriente—. ¿Me he ganado los cincuenta pavos que me prometió?

Raoul Curtis era un cincuentón bien conservado, de cuerpo vigoroso, no mal parecido. Su rostro denotaba una gran energía.

Tras unos segundos de pausa, en los que no dejó de mirar a su empleado, preguntó a su vez:

—¿Anoche dije que tú eras un buen periodista, Mike?

A Sheridan le sorprendió la pregunta, pero contestó:

—Creo recordar que sí, jefe...

Raoul Curtis llenó sus pulmones de aire, adquirió una expresión de fiera rabiosa, soltó un bufido y estalló:

—¡Pues lo retiro todo!

—¡Jefe! —Respingó exageradamente Sheridan.

—¡Ni jefe ni rábanos! —aulló Raoul Curtis, moliendo la mesa a

puñetazos como si se encontrara en la selva africana tocando un tam-tam.

Tras una larga pausa, que empleó tratando de dominarse, dijo:

—Mike...

—¿Sí, jefe?

—¿Has leído los periódicos de la competencia?

—No suelo hacerlo nunca, jefe. Las mejores informaciones, los mejores reportajes, los mejores artículos, se hallan siempre en *La Gaceta Neoyorquina*. ¿Para qué molestarse en ojear los periódicos de nuestros competidores?

La adulatora respuesta de Sheridan no logró lo que éste se proponía: hacer sonreír a Raoul Curtis.

—Hoy, *La Gaceta Neoyorquina* ha hecho el ridículo, Mike —manifestó gravemente el director del periódico.

—De veras lo siento, jefe. ¿Cuál ha sido el motivo?

—Tu comentario sobre el combate celebrado anoche en el Madison entre Tony Ballard y Kid Garland. ¿Cómo pudiste hacer algo tan desastroso, Mike? Aun admitiendo que no tienes práctica en eso, no logro explicarme las tonterías que has escrito sobre el combate estelar de la velada.

Sheridan sacudió la cabeza negativamente.

—No estoy de acuerdo con usted, jefe. Y créame que siento mucho contradecirle. Mi comentario sobre la pelea entre Ballard y Garland podrá tener algún defecto técnico, porque no se puede aprender el reglamento del boxeo en una hora, pero...

—Ahí está lo más chocante de la cuestión, Mike: no encuentro fallos en la parte técnica del comentario, sino en todo lo demás. ¿Por qué escribiste que Kid Garland no debió ganar la pelea?

—Porque así fue, jefe. El neoyorquino, boxísticamente hablando, no le llega al californiano ni a la suela de los zapatos.

—Eres el único que ha opinado así, Mike. Entre más de veinte críticos deportivos, muchos de ellos de reconocida fama, tú has sido el único que ha echado por los suelos a Kid Garland.

—Porque así era la verdad. Kid Garland estaba prácticamente vencido cuando dio comienzo el tercer asalto. Sin embargo, Tony Ballard, que hasta entonces se había hartado de zurrarle al neoyorquino, empezó a perder las fuerzas de forma alarmante, sin causa alguna que lo justificase, porque Garland apenas si le había

rozado con los guantes en los dos primeros asaltos. Al púgil de Los Ángeles le sucedió algo anormal y por eso perdió el combate. No sé lo que fue, pero procuraré averiguarlo.

—Eso que dices es absurdo, Mike.

—No lo creo yo así.

—Si fuera cierto lo que piensas, otros críticos deportivos lo comentarían hoy en sus respectivos periódicos. Sin embargo, lo que hacen es alabar al boxeador de Nueva York por su magnífica reacción.

—No hubo tal reacción, jefe, créame. Kid Garland se recuperó porque Tony Ballard perdió las fuerzas. En esas condiciones, hasta un niño hubiera derrotado al californiano. Y en cuanto a que los comentaristas deportivos de la ciudad silencien este hecho, sólo se debe a una cosa: tienen miedo.

—Miedo... ¿de qué?

—Ah, eso tampoco lo sé. Pero anoche, en el Madison Square Garden, entablé amistad con Jerry Dolan, del diario *World*, y con Stephen Hyland, del *New York Sport*.

—Son dos buenos críticos.

—Y buenos compañeros. Me ayudaron bastante con sus aclaraciones técnicas. No obstante, ellos me aconsejaron que cuando escribiera mi comentario para *La Gaceta Neoyorquina*, no pusiese peros al triunfo de Kid Garland y así me evitaría problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—No quisieron entrar en detalles, pero me advirtieron que no es conveniente meterse con los boxeadores del gimnasio de Henry McLaine.

Raoul Curtis permaneció pensativo durante unos segundos.

—¿Qué piensas hacer, Mike?

—Ya se lo he dicho, jefe: tratar de averiguar lo que realmente sucedió anoche en el Madison. Y si lo consigo, contarle en nuestro periódico. La gente tiene derecho a saber la verdad de las cosas, y los periodistas tenemos la obligación de descubrirla.

—Puede ser peligroso, Mike...

—Ya veremos. Yo no soy de los que se asustan fácilmente.

—Si lo que tú supones es cierto, tendrás muchas dificultades para demostrarlo.

—Procuraré superarlas.

—Mi consejo es que te olvides de todo este asunto, Mike.

—No puedo seguir su consejo, jefe. Usted mismo ha dicho que hoy, y por mi culpa, *La Gaceta Neoyorquina* ha hecho el ridículo. Tengo la obligación de demostrar que mis suposiciones son ciertas. Por mí, y por nuestro periódico. Que nadie piense que los redactores de *La Gaceta Neoyorquina* somos periodistas de tres al cuarto.

Raoul Curtis miró fijamente a Sheridan y dijo:

—¿Sabes una cosa, Mike?

—¿Qué?

—Te admiro.

—Pues hace un rato me ha puesto verde... —sonrió Sheridan.

Raoul Curtis también lo hizo.

—Porque no sabía la razón de tu extraño comentario sobre la pelea entre Ballard y Garland. Creo que no andas descaminado en tus suposiciones, Mike.

—Gracias por confiar en mí, jefe.

—¿Cuándo piensas empezar la pesquisas oportunas?

—Ahora mismo.

—Suerte, muchacho.

—Gracias, jefe.

Mike Sheridan hizo un saludo con la mano y salió del despacho de Raoul Curtis.

—Hasta la vista, Marisa —le dijo a la rubia, cruzando la estancia con paso raudo.

—¿No ibas a enseñarme el beso indio?

Mientras Marisa Andrews se decía que Mike Sheridan era un sinvergüenza muy simpático, éste descendió la escalera y salió a la calle.

Cruzó la ancha acera, deteniéndose junto a la portezuela izquierda de su automóvil. Acababa de apoyar la mano sobre la manivela, cuando tres individuos le rodearon.

Uno de ellos le mostró el cañón de una pistola provista de silenciador y ordenó ásperamente:

—Adentro, Sheridan. Y sin oponer resistencia o te dejo seco aquí mismo.

CAPÍTULO IV

—Si esto es un atraco se equivocan de Banco, muchachos — repuso serenamente Mike Sheridan.

El tipo de la pistola elevó un trozo de labio superior y mostró un canino y un incisivo que daban escalofríos.

—Adentro —repitió, enviándole al periodista una mirada cortante.

—Tampoco soy Bárbara Hutton —advirtió Mike, muy tranquilo.

El de la pistola, con su fea cara muy cercana a la de Mike Sheridan, rezongó:

—¿Entras por las buenas o prefieres que te ayudemos nosotros?

—Por las buenas, por las buenas —aceptó, sonriendo, Mike.

—Al asiento de atrás —indicó el fulano del arma.

—Al asiento de atrás —repitió, socarrón, Sheridan, abriendo la portezuela y sentándose en el sitio ordenado.

El de la pistola se sentó inmediatamente a su izquierda y le clavó el cañón del arma en el costado.

Otro de los fulanos entró por la otra portezuela y se situó a la derecha del periodista.

El tercero ocupó el asiento delantero y puso en marcha el motor del vehículo.

El «Mercury» de Mike Sheridan arrancó y se alejó del lugar.

El sujeto que estaba a la derecha del periodista sacó algo del bolsillo de su chaqueta y masculló:

—No somos atracadores.

—¿Qué es eso? —preguntó Mike, fijándose en lo que tenía el fulano entre las manos.

—Una bolsa de perdigones.

—Para matar pajaritos, ¿eh?

—No son para matar pajaritos —atajó el tipo.

—¿Ah, no?

El sujeto movió la cabeza y dijo:

—Son para hacer entrar en razón a periodistas obstinados.

—Eso no lo entiendo, amigo —manifestó Sheridan, elevando los hombros.

El tipo que sostenía la bolsa de perdigones la volteó con rapidez y la descargó con fuerza sobre el muslo derecho del periodista.

Mike Sheridan no pudo reprimir un grito de dolor, al tiempo que se inclinaba hacia adelante con el rostro contraído.

El fulano utilizó de nuevo la bolsa de perdigones.

Sheridan recibió el golpe en la nuca y cayó de bruces sobre el piso del vehículo.

El individuo de la pistola quiso salir de su actitud pasiva.

Pasó a la activa golpeando con el cañón del arma sobre el hombro zurdo de Mike Sheridan.

Éste lanzó un gemido, medio inconsciente ya.

—¿Podemos dialogar en serio, Sheridan? —inquirió el de la pistola.

El periodista apretó las mandíbulas con rabia.

—¿Qué quieren de mí? —repuso, intentando levantarse.

El sujeto que empuñaba la pistola le pisó el cuello, aplastándole la cara contra el piso del «Mercury».

El otro colocó sus zapatos sobre el trasero de Sheridan, para inmovilizarle más todavía.

El periodista se encontraba muy incómodo, además de dolorido.

El tipo de la pistola dijo:

—Hemos leído tu comentario sobre la pelea de anoche entre Tony Ballard y Kid Garland.

—Y no nos ha gustado —observó el de la bolsa de perdigones.

—¿Dónde está el fallo? —inquirió Mike Sheridan.

—El ganador fue Kid Garland —dijo el de los perdigones—. Pero según tú, debió vencer el californiano.

—Y hubiera vencido de hallarse en condiciones normales —replicó Sheridan.

—¿De veras...? —repuso sarcásticamente el de la pistola, acentuando de nuevo la presión de su zapato sobre el cuello del periodista.

Al mismo tiempo, sintió un profundo dolor en la pantorrilla derecha, porque en ella le había zurrado el de los perdigones con su

bolsa.

A Mike se le escapó un chillido.

—Esperamos tu respuesta, Sheridan —dijo el tipo armado.

Mike Sheridan se dijo que no debía llevarles la contraria si quería seguir de una pieza, porque aquellos individuos eran muy capaces de trocearle o convertirle en un despojo.

—Creo que me equivoqué, muchachos...

—¿Sí...? —sonrió jactanciosamente el de la pistola.

—Kid Garland ganó merecidamente —dijo Mike.

—Eso está mejor, Sheridan.

—Tendrás que reconocerlo así en *La Gaceta Neoyorquina* —advirtió el fulano de la bolsa de perdigones.

—El comentario del combate ya se ha publicado... —observó Mike.

—Sí, pero no importa —dijo el del arma—. Hoy escribirás otro rectificando, porque rectificar es de sabios, y se publicará en la edición de mañana.

—No sé si el director del periódico lo consentirá...

—Ya te preocuparás tú de convencerle, Sheridan. De lo contrario, en el cementerio serás bien recibido antes de pasado mañana.

—¿Entendiste, periodista? —agregó el de los perdigones.

—Sí, creo que sí.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí; ponerme al lado de Henry McLaine.

—Exacto —terció el fulano de los perdigones.

—Ya estoy al lado de Henry McLaine. ¿Vais a seguir maltratándome a pesar de ello?

—No, Sheridan —respondió el tipo que le pisaba el cuello, dejando de hacerlo—. Pero no te muevas hasta que nosotros salgamos del coche. Y aun entonces, espera un par de minutos, porque si asomas la testa antes puede que te la vlemos.

—Obedeceré al pie de la letra, muchachos —dijo Sheridan, con muchas ganas de que aquellos fulanos le dejasen en paz de una vez.

—Para el coche —ordenó el tipo de la pistola al que conducía el vehículo.

El individuo del volante obedeció, deteniendo el «Mercury» en pocos segundos.

Los tres sujetos salieron del automóvil.

Mike Sheridan esperó un poco y luego empezó a moverse.

Rezongó una maldición, porque le dolía mucho el cuello.

También en las piernas había realizado un buen «trabajo» el tipo de la bolsa de perdigones.

Pasó al asiento delantero sin salir del coche.

Accionó la llave de contacto y puso en marcha el «Mercury».

Minutos más tarde frenaba ante su apartamento.

Cuando salió del coche, las piernas no le funcionaban bien, pero consiguió llegar hasta su apartamento, aunque con pasos vacilantes, como si hubiese bebido más de la cuenta.

Se quitó el traje, muy sucio a causa del «tratamiento» recibido.

Luego de ducharse se enfundó ropa limpia y salió de nuevo a la calle.

Puso en marcha el «Mercury» y un rato después se detenía ante la clínica Jefferson.

Bajó del vehículo y entró en ella.

La recepcionista era una monada de cabellos castaños, estaría por los veinticuatro años y tenía unos relieves muy estimables.

Mike Sheridan se acercó a la monada.

—¿Qué tal andas de caderas, encanto?

La recepcionista le miró sorprendida, pero no tardó en reaccionar. Se hizo un poco atrás y puso los brazos en jarras.

—¿A usted qué le parece? —repuso, sonriendo con malicia.

Sheridan le dio a la chica el repaso que ella se merecía y luego contestó:

—Puedes reírte de las ánforas griegas, hermosa.

—¿Verdad que sí?

La maravilla de pelo castaño se acercó otra vez al mostrador y dijo:

—Ahora que ya sabe cómo ando de caderas... ¿qué más quiere averiguar?

Mike Sheridan emitió un carraspeo.

—Creo que hubo un malentendido, guapa.

—¿Sí...? —sonrió ella descaradamente.

—Cuando te hablé de caderas me refería a las de los pacientes que las tienen rotas.

—¿Cómo? —Respingó la chica.

—Sí, primor. Un compañero de trabajo se rompió ayer, o poco le faltó, la cadera, al salir de la bañera. ¿Puedes decirme dónde encontrarlo?

Ella sonrió de nuevo y respondió:

—Desde luego. ¿Cuál es su nombre?

—Mel Rennie.

La recepcionista abrió un librote y se puso a buscar.

—Aquí está, habitación 310, cuarta planta.

—Muchas gracias, nena.

—De nada. Es mi obligación atender al público. Sheridan se acercó mucho a ella y dijo en tono bajo:

—¿Cómo te llamas, encanto?

—Glenda.

—Tremenda.

—¿Qué?

—Que estás tremenda, Glenda.

Ella abanicó las pestañas.

—Usted tampoco está mal...

—Te invito a almorzar, Glenda.

—¿Por qué no a cenar?

—¿Por qué no a almorzar?

—Tengo que almorzar con mi marido... —dijo tristemente la recepcionista.

Mike Sheridan pegó un brinco exagerado.

—¿Estás casada...?

—Desde hace dos años.

—¿Cómo es que no cenas esta noche con tu marido?

Glenda se mordió el labio inferior y volvió a ponerse triste.

—Cometí el error, grandioso error, de casarme con un campeón de natación. Le vi tan apuesto, tan atlético, tan vigoroso, que me las prometía muy felices. Sin embargo... —¿Qué?

—Cada vez que se prepara para intervenir en una prueba importante, y esto sucede muy a menudo, su entrenador le prohíbe dormir en casa. Sólo nos vemos a mediodía, pero para almorzar en un restaurante. Y su entrenador se empeña en acompañarnos... —En fin, lo siento por ti. Una chica como tú no se merece un abandono semejante.

—Entonces... ¿cenamos juntos esta noche? —Se le iluminó el

rostro a la chica. Sheridan hizo una mueca de disgusto.

—Esta noche no va a poder ser...

—¿Por qué? —preguntó ella, decepcionada visiblemente.

—Verás, Glenda, soy periodista. Esta tarde salgo para California, porque allí tengo que realizar un importante reportaje —mintió Mike—. Quizá cuando vuelva...

CAPÍTULO V

Mel Rennie era un hombre de complexión normal, mediana estatura, facciones bondadosas, poco pelo, cuarenta y cinco años.

Cuando Mike Sheridan entró en su habitación, el crítico deportivo de *La Gaceta Neoyorquina* tenía varios periódicos sobre su cama y los ojeaba con un gesto de preocupación.

Al ver a Sheridan, Mel Rennie adquirió una expresión alegre y exclamó:

—¡Mike, muchacho!

—Hola, Rennie, ¿qué tal estás? —dijo Sheridan, acercándose a la cama que ocupaba su compañero de trabajo.

Se estrecharon las manos con entusiasmo.

—Diablos, Mike, tengo la impresión de que me caí de un decimoquinto piso. ¡Condenada pastilla de jabón...!

—El jefe me puso al corriente anoche. Y al quedar tú fuera de combate, me envió a mí al Madison Square Garden para que realizara el comentario de la pelea estelar de la velada. Jamás me vi en un apuro tan grande, Rennie.

Mel Rennie cobró una expresión diferente, casi de temor, y desvió los ojos.

A Sheridan no le pasó inadvertido el cambio de gesto de su compañero.

—¿Has leído lo que escribí sobre el combate entre Tony Ballard y Kid Garland?

—Sí, Mike.

—¿Y qué opinas? Tú eres un experto en eso...

—Técnicamente no está mal —respondió Mel Rennie, sin alzar la mirada.

—Dos buenos colegas, Stephen Hyland y Jerry Dolan, del *New York Sport y World* respectivamente, me ayudaron bastante a conocer lo más importante sobre un combate de boxeo.

—Tu opinión sobre el desenlace del combate es diferente a todas, Mike. Eres el único que no elogia a Kid Garland. ¿Por qué, si éste ganó? —inquirió Mel Rennie, mirando ahora fijamente a Sheridan.

—Porque no ganó —sonrió Mike.

—¿Cómo? —Parpadeó Rennie.

—Quiero decir que no ganó en buena lid.

—Explícate, Mike.

—Kid Garland es un mal boxeador, una pera del *ring*. Al menos, esa impresión me dio al verle frente a frente con el californiano. Tony Ballard es muy superior al neoyorquino. Por eso, alguien se encargó de echarle una mano a Kid Garland.

—¿Qué quieres decir?

—Drogaron al púgil de Los Ángeles. Cuando dio comienzo el tercer asalto, el californiano ya no se hallaba en condiciones de reanudar la pelea. Por eso Kid Garland empezó a sacudirle, cosa que no había logrado hasta entonces, y acabó por ganarle.

Mel Rennie enmudeció de asombro.

—Pero, pero... eso que dices, Mike... —tartamudeó tras su silencio.

—Lo que digo es la verdad, Rennie. Y tú lo sabes.

—¿Qué...?

—Es inútil que trates de disimular. Tú sabes que algo sucio se esconde en todas las peleas que realizan los boxeadores de Henry McLaine. También lo saben Stephen Hyland y Jerry Dolan. Y muchos otros críticos deportivos de Nueva York. Pero todos lo silenciáis porque no queréis problemas con Henry McLaine. Hyland y Dolan me aconsejaron que hablara bien de Kid Garland en mi comentario, porque de lo contrario, tendría problemas.

—Pero tú no hiciste caso... —murmuró Mel Rennie, pálido como un cadáver.

—No.

—Encontrarás problemas, Mike.

—Los he encontrado ya —sonrió Sheridan.

Mel Rennie agrandó los ojos.

—¿Qué has...?

—Sí, Rennie. Hace un rato, al salir de la redacción, tres tipos me estaban esperando. Uno de ellos empuñaba, una pistola provista de

silenciador. Me obligaron a entrar en mi coche, y a base de golpes, quisieron convencerme de que debo elogiar los triunfos de los boxeadores del gimnasio de Henry McLaine.

—¿Lo consiguieron?

—Me han pedido que escriba un comentario retractándome de muchas de las cosas que escribí sobre la pelea de anoche. Ya puedes imaginar cuáles... Quieren que se publique mañana en *La Gaceta Neoyorquina*.

—Pero no piensas obedecer...

—Claro que no.

Hubo una pausa.

—¿Cómo eran esos individuos, Mike? —preguntó Rennie.

—El que llevaba la pistola tenía la cara plana como un libro, ojos pequeños, boca alargada...

—Ése es *Jim* Cara de Bandeja.

Sheridan no pudo evitar una carcajada.

—Sigue, Mike.

—Había otro con la cabeza pequeña, nariz afilada, el labio inferior caído, orejas muy grandes... Llevaba una bolsa de perdigones y con ella me atizó duro en las piernas.

—Ése es *Joe Cartucho*. Le llaman así por su afición a los perdigones.

—Algún día le diré yo cuatro cosas a ese *Joe Cartucho*... —¿Cómo era el otro?

—Con ése no me fijé tanto, porque se sentó en el asiento delantero para manejar el volante. Pero era alto y fornido como los otros dos. No le oí mencionar una sola palabra.

—Lógico.

—¿Por qué?

—Ése es *Bill el Mudo*.

—Demonios, ¿está mudo de verdad?

—Sí.

—Con razón no dijo ni pío...

—Son tres matones de mucho cuidado, Mike. Están, como ya habrás supuesto, a las órdenes de Henry McLaine. Ellos son los encargados de obligar a los críticos deportivos a escribir bien sobre los púgiles de McLaine.

—A mí no me obligarán, Rennie.

—Si no les obedeces peligrará tu vida, muchacho. Los golpes de hoy sólo han sido un pequeño aviso.

—Ya me lo advirtieron. Pero aun así, seguiré adelante con lo que me he propuesto: desenmascarar a Henry McLaine y a toda su gentuza.

Mel Rennie movió la cabeza.

—No lo conseguirás, Mike.

—Ya veremos, Rennie. Yo soy muy tozudo. Cuando algo se me mete entre ceja y ceja... —Cuando aparezca mañana *La Gaceta Neoyorquina* y Henry McLaine vea que no has obedecido, ordenará a sus matones que te busquen. Y si te encuentran, no será agradable para ti, Mike... Lo digo por experiencia.

—¿Cómo lograron convencerte a ti, Rennie?

—Al igual que han hecho contigo, me dieron unos cuantos golpes para que en mis comentarios deportivos de *La Gaceta Neoyorquina* elogiara a los boxeadores del gimnasio de Henry McLaine. Me ofrecieron dinero...

—También a mí.

—No obstante, cuando escribí de nuevo sobre un combate en el que intervino un púgil de McLaine, venciendo de forma poco clara, puse peros a su triunfo, porque no me resignaba a venderme... A McLaine debió sentarle muy mal, ya que sus gorilas me cazaron al día siguiente y me llevaron inconsciente a una casa que, no pude reconocer. Me tenían en el suelo, atado de pies y manos. Junto a mí estaban los tres matones que me habían atrapado. Me colocaron un tubo de goma en la boca y empezaron a llenarme el buche de agua. Fue algo espantoso, Mike... Me ahogaba, me sentía morir de asfixia, pero los muy canallas no cesaban de llenarme de agua las tripas. Afortunadamente, no quisieron matarme y dejaron de torturarme. Pero me advirtieron que si no seguía sus consejos me cazarían otra vez y entonces no saldría con vida de sus manos.

Mike Sheridan guardó silencio, mientras miraba con fijeza a su compañero de trabajo.

Mel Rennie tenía el rostro demudado. El recuerdo de aquellos horribles momentos de su vida había transfigurado su expresión.

—¿Comprendes ahora por qué te pido que dejes el asunto, Mike?

—Sí, Rennie; lo comprendo. Pero eso no cambia las cosas. Esos canallas no pueden seguir martirizando a la gente y quedar sin

castigo.

Mel Rennie exhibió una leve sonrisa.

—Eres un gran muchacho, Mike. Sentiría muchísimo que te sucediese algo... —Tranquilízate, Rennie. Sabré cuidarme.

—¿Por dónde vas a empezar a indagar?

—Me gustaría hablar con Tony Ballard, el boxeador californiano. Él podrá aclararme muchas cosas. ¿Crees que se hallará todavía en la ciudad?

—Lo más seguro. Si anoche le sacudieron de firme, no estará en condiciones de regresar a Los Ángeles hasta mañana o pasado.

—¿Sabes en qué hotel se hospeda?

—Sí, en el Hotel Internacional.

—Me pasaré por allí.

—Suerte, Mike.

—Gracias, Rennie.

Mike Sheridan salió de la habitación.

El Hotel Internacional se alzaba en la Séptima Avenida.

Sheridan supo por medio del recepcionista que el púgil de California y sus dos acompañantes ocupaban la habitación 414, en la sexta planta.

Entró en el ascensor y advirtió al empleado que deseaba quedarse en la sexta planta.

Cuando el periodista salió al corredor, buscó la habitación 414.

Cuando dio con ella, pulsó el timbre.

Esperó unos quince segundos.

Después, un tipo que no mediría más de 1,55, pero de cuerpo recio y macizo, calvo, nariz chata y cuello poderoso, abrió la puerta y gruñó:

—¿Qué le pasa a usted?

Sheridan reconoció al sujeto.

Era uno de los cuidadores de Tony Ballard.

Mike le sonrió afablemente y respondió:

—Deseo hablar unos minutos con Tony Ballard.

El calvo frunció el entrecejo y miró desconfiadamente al visitante.

—¿Sobre qué? —rezongó de forma adusta.

—Sobre el combate que sostuvo anoche con Kid Garland; soy periodista.

El individuo de corta estatura endureció la mirada e hizo destellar sus pupilas.

—Puede pasar, amigo. —Autorizó el tipo, sonriendo extrañamente.

—Gracias, muy amable —dijo Sheridan, entrando en la habitación.

El calvo cerró la puerta y se quedó junto a ella.

Mike Sheridan se encontró en un espacioso salón.

En uno de los dos butacones que se encontraban en él, se hallaba sentado un sujeto de gran estatura y cuerpo hercúleo: era el otro cuidador de Tony Ballard.

Miraba ceñudamente al recién llegado.

A feo no le ganarían muchos.

Probablemente, a bestia tampoco.

Mike, por hacer algo, le sonrió al feo del butacón.

El calvo se dejó oír:

—Este caballero es periodista, Andrés.

El grandullón llamado Andrés se puso en pie lentamente, con cara de pocos amigos, y rezongó, cerrando sus enormes manazas:

—Dentro de poco será un montón de huesos rotos y carne tumefacta.

Luego, avanzó hacia el periodista con los puños por delante.

CAPÍTULO VI

Andrés llevaba enfundada una camiseta blanca de mangas muy cortas, casi a la altura de los hombros, con lo cual mostraba unos brazos que si de codos para abajo parecían piernas, de codos para arriba parecían muslos.

Andrés llevaba también muy malas intenciones.

Mike Sheridan, al ver avanzar hacia él al edificio humano con tan fiera expresión, dio un salto hacia atrás y dijo:

—Paz, Andrés, que tú vales por tres —dijo Mike, pegando otro salto.

Pero como Andrés no tenía ni por asomo intenciones pacifistas, Mike Sheridan se dijo que lo mejor sería largarse de allí cuanto antes.

Corrió hacia la puerta.

Sin embargo, se detuvo antes de alcanzarla.

La salida la cubría el calvo, que también, como Andrés, iba en camiseta.

Y compartía las malas intenciones del gigante.

Así lo demostró al decir:

—Aproxímate a la puerta y te desmonto sin haber estudiado anatomía.

Sheridan pensó que sí, que el calvo sería capaz incluso de desmontar a un rinoceronte. No quiso intentar nada con él.

Corrió hacia un lado del salón y se situó detrás de un sofá bastante largo.

Andrés fue hacia él, advirtiéndolo a su compañero:

—No te separes de la puerta, Buddy. Espera a que le haya desarticulado el esqueleto.

—¿No quieres que te ayude, Andrés?

—No, Buddy. Para desguazar periodistas neoyorquinos me basto solo. Ahora verás. Sheridan intervino:

—Tú lo que deberías hacer es comprarte un timón, grandullón.

—¿Un timón? —se desconcertó la torre que andaba—. ¿Para qué quiero yo un timón?

—Para ponerte a navegar, que tienes cara de barco.

—¡No me llames cara de barco!

—De acuerdo, cara de barco.

—¡Grrrrr...! —Rugió Andrés, exasperado por los insultos y porque no lograba cazar al periodista.

Ambos corrían dando vueltas alrededor del sofá.

El corto de estatura presumió de listo:

—No seas tarugo, Andrés. Si no apartas el sofá no le cogerás nunca.

El gorillesco Andrés se detuvo, resollando como un búfalo cansado.

—Buena idea, Buddy. Apartaré el sofá, sí...

Sheridan terció irónicamente:

—Oye, calvo, ¿sabes que no tienes un pelo de tonto?

El chiste no le hizo gracia a Buddy.

—¡Sacúdele ya, Andrés! —ordenó apretando los dientes.

El grandullón levantó el sofá.

Lo arrojó a un lado y ocasionó un estrépito considerable.

Miró triunfalmente al periodista.

Ya nada se interponía entre los dos.

Tenía el camino libre para atraparlo.

Mike Sheridan también lo comprendió así y se apercibió para la defensa.

—¡Duro con él, Andrés! —exclamó Buddy.

—Tú cállate, cabeza de melón —espetó Sheridan, atento al robustísimo Andrés.

Éste echó el puño derecho hacia atrás, para tomar impulso.

Mike Sheridan proyectó su pierna izquierda hacia adelante, sin entretenerse tomando impulsos de ninguna clase.

Alcanzó de lleno la espinilla diestra del gigante.

Andrés abrió su boca y lanzó un aullido impresionante.

Cayó al suelo, quedando sentado como un buda.

Desde allí, mientras se masajeaba las espinillas, miró con odio al periodista y abrió la boca para mencionar a los familiares más familiares de Mike Sheridan.

Éste impidió que el rompetechos emitiera maldición alguna, pero de forma muy especial: cerrándole la boca de un tremendo patadón a la barbilla.

Andrés gritó desesperadamente, al tiempo que se iba hacia atrás y rodaba por el suelo entre convulsiones y encogimientos.

—Te hundiste en el Atlántico, cara de barco —dijo con sorna Mike Sheridan.

El que cubría la salida escupió una palabrota muy fuerte.

—¿Cómo puedes decir una cosa así sin que te arda la boca, calvo? —dijo Sheridan. Buddy le lanzó una furibunda mirada.

—Prepárate a recibir, periodista —amenazó, caminando hacia Sheridan.

—No me gusta pegarme con pequeños, calvo.

Los ojos de Buddy empezaron a despedir fuego.

Cuando tuvo a su alcance al periodista, le largó un derechazo.

Mike saltó hacia atrás y el puño de Buddy sólo rasgó la atmósfera.

—Calma, pequeñín —sonrió Sheridan—. Eso de soltar puñetazos es cosa de hombres...

El calvo le disparó el puño zurdo, pero volvió a fallar, porque el periodista se movía con una agilidad endiablada.

Mike Sheridan le alojó los nudillos de su diestra en la achatada nariz, para al segundo siguiente atizarle duro en el hígado.

Buddy se dobló sin ganas.

Sheridan le cascó en la nuca con los dos puños a la vez.

El calvo emitió un sonido muy raro y se fue de bruces al suelo.

Casi al mismo tiempo, algo muy duro golpeó en la sien derecha del periodista, lanzándole contra una pared. En ella se estrelló y fue a parar al suelo, medio aturdido. Desde allí descubrió al autor del hachazo.

Era el corpulento Andrés, que avanzaba hacia él con la boca torcida y los puños cerrados.

Mike Sheridan se apresuró a levantarse. Cogió una silla para defenderse de aquella bestia humana.

Éste se le echó encima.

Mike estrelló la silla contra la cabeza del energúmeno.

La hizo pedazos.

La silla, por supuesto. Andrés no acusó apenas el tremendo

silletazo.

En cambio, Mike Sheridan sí acusó el mazazo que le sacudió el hombre de las cavernas. Cayó al suelo, muy a su pesar, quedando boca arriba.

Andrés sonrió maquiavélicamente, cogió un butacón y lo elevó por encima de su cabeza.

Con vertiginosa rapidez, Mike se apoderó de una de las patas de la destrozada silla y, desde el suelo, golpeó con dureza las rodillas del fulano.

Andrés aulló como un coyote, soltó el butacón sin saber lo que hacía, y éste le cayó encima y le arrolló.

El gorila quedó boca abajo, inconsciente, con el butacón sobre él, cubriéndole de cintura para arriba.

Sheridan se puso en pie, dispuesto a vérselas con el calvo, que ya se estaba incorporando también.

Buddy avanzó cauteloso hacia el periodista, para no verse sorprendido de nuevo.

—Anda, acércate, calvo, que voy a conseguir que te brote cabello a fuerza de trancazos —dijo Mike, elevando la pata de silla.

—¡Ay...! —gimió Andrés, asomando la testa por debajo del butacón.

—No molestes ahora, cara de barco —dijo Mike, soltándole un cachiporrazo con la pata de silla.

Andrés ya no dijo esta boca es mía.

Buddy, en cambio, estaba dispuesto a decir muchas cosas.

Y a dar muchos golpes.

Sheridan, por su parte, no pensaba dar facilidades para que el calvo le vapuleara.

Cuando Buddy parecía dispuesto a saltar sobre el periodista, una puerta interior se abrió y alguien dijo:

—¿Qué demonios sucede aquí? ¿Es que no voy a poder descansar tranquilo?

Mike volvió la cabeza y descubrió a Tony Ballard, el boxeador de Los Ángeles.

Se cubría con una bata muy vistosa e iba descalzo.

En el rostro tenía señales de los golpes que le propinara Kid Garland la noche anterior, durante el transcurso de los asaltos tercero y cuarto.

La distracción le costó cara a Sheridan.

El calvo le envió un obús al maxilar inferior.

Mike rodó por el suelo.

Buddy saltó sobre él como un mono.

El periodista, que le vio volar hacia él, cambió de lugar con felina rapidez, lo cual motivó que el calvo se estrellara contra el suelo.

Mientras éste blasfemaba enfurecido por el fallo, Sheridan le soltó un pildorazo con la pata de silla, la cual había conservado pese al duro trallazo recetado por Buddy.

Con tantas ganas le sacudió, que el calvo perdió el sentido en el acto y se quedó completamente inmóvil.

Sheridan se levantó, pero sin deshacerse de la pata de madera, por si necesitaba utilizarla nuevamente.

Se encaró con el púgil californiano.

—¿Qué tal se encuentra, Ballard? —le preguntó, masajeándose el magullado mentón.

El boxeador de Los Ángeles tenía una expresión de inusitado asombro.

—¿Cómo lo consiguió? —inquirió con las cejas elevadas.

—¿El qué?

—Tumbar a estos dos forzudos...

—Tuve suerte. Poco faltó para que me sacaran los riñones por la nariz y el hígado por la boca. Las intenciones de ambos no eran otras.

—¿Por qué fue la pelea?

Sheridan se encogió de hombros.

—No lo sé, Ballard. Llamé a la puerta, me abrió el calvo, le dije que deseaba hablar unos minutos con usted sobre el combate de anoche y que era periodista. Me deja entrar y entonces...

—No es necesario que siga —le interrumpió Tony Ballard—. El resto es fácil de imaginar: le atacaron.

—Sí. ¿Sabe también por qué lo hicieron?

—Por ser usted periodista.

—¿Qué tiene eso de malo, Ballard?

—¿No ha ojeado los periódicos de la mañana? Todos los críticos deportivos ensalzan en sus comentarios a Kid Garland como si éste fuera un boxeador sensacional, cuando en realidad, es un petardo.

Si yo no hubiera sufrido un mareo cuando dio comienzo el tercer asalto, Kid Garland no hubiese llegado al cuarto, estoy seguro de ello. Yo tenía prácticamente ganado el combate... Aún no logro explicarme qué me ocurrid.

Sobrevino una pausa.

Tony Ballard tenía las mandíbulas apretadas, los puños crispados.

Miró a Mike Sheridan con dureza y prosiguió:

—¿Comprende ya por qué le atacaron mis cuidadores? Ustedes, los periodistas de Nueva York, no han sido justos al comentar la pelea de anoche. Debieron darse cuenta de que sucedió algo anormal, pero no lo han mencionado. ¿Por qué? Para dar más mérito a la victoria de Kid Garland, un boxeador al que derrotaría yo utilizando solamente el puño izquierdo, y eso que no soy zurdo.

—Sin lugar a dudas, Ballard —convino Mike.

El californiano replicó hoscamente:

—¿Quiere decir que está de acuerdo con mis palabras?

—Totalmente.

—Entonces... ¿por qué no lo dijo así en su comentario?

—¿No ha leído el comentario que firma un tal Mike Sheridan en *La Gaceta Neoyorquina*?

Tony Ballard parpadeó confuso.

—Sí... —respondió cabeceando—. Es el único que dice verdades como puños.

Mike sonrió.

—Pues ante usted tiene a Mike Sheridan, Ballard.

El púgil californiano cambió la expresión.

Sonrió nerviosamente y ofreció su derecha al periodista.

—Le estoy muy agradecido, Sheridan.

Mike se la estrechó y repuso:

—No tiene por qué, Ballard.

—Disculpe el recibimiento que le dieron los muchachos. Si ellos llegan a saber quién era usted, le pasean a hombros por todo Nueva York.

Mike rió las palabras del boxeador de Los Ángeles.

Éste preguntó:

—¿Para qué ha venido a verme, Sheridan?

—Estoy tratando de averiguar lo que le sucedió a usted anoche,

Ballard.

—Ya se lo he dicho, un mareo. —Se puso serio el púgil californiano.

—A usted no le dio ningún mareo anoche, Ballard. Al menos, por circunstancias normales. Usted fue drogado.

—Pero... pero... eso no es posible... —tartamudeó el boxeador de Los Ángeles, lleno de estupor.

—No hay otra explicación Ballard.

El púgil californiano negó con la cabeza repetidas veces.

—No, Sheridan, usted se equivoca. No hubiera podido boxear en plenitud de facultades los dos primeros asaltos de haber sido drogado. Yo entonces me encontraba en magníficas condiciones físicas...

Mike se rascó una oreja y dijo:

—También tengo explicación para eso, Ballard.

—¿Cuál?

—Usted ingirió la droga... entre los asaltos segundo y tercero.

Tony Ballard se quedó boquiabierto.

—¿Qué...? —balbució anonadado.

—Cuando sonó la campana, dando por finalizado el segundo asalto, usted se encontraba perfectamente, ¿no es cierto?

—Sí...

—Cuando volvió a sonar, tras el minuto de descanso, usted ya se encontraba algo indispuesto, ¿cierto?

El californiano dijo que sí con la cabeza.

—Pues ahí lo tiene —dijo Mike—. En ese minuto le hicieron tomar la droga. ¿Recuerda si bebió agua?

—Sí, pero sólo un sorbo...

—Pudo ser suficiente si la droga era fuerte.

—También la probé en el primer descanso y no me sucedió nada anormal...

—Claro, como que entonces el agua aún no contenía la droga. Fue después cuando la echaron, seguro.

El púgil californiano miró a sus dos cuidadores, los cuales se hallaban aún despatarrados en el suelo.

—Sólo ellos estaban conmigo entonces... —musitó, señalándoles con un dedo.

—Sí.

—De ser ciertas sus sospechas, tuvo que ser uno de los dos...

—En efecto.

—¿Cómo voy a creer que uno de ellos...?

—Pues vaya creyéndolo, Ballard, porque si no fue el calvo fue el feo, o viceversa. Uno de los dos puso la droga en el agua.

CAPÍTULO VII

El desconcierto de Tony Ballard era evidente.

Por una parte, se decía que la afirmación de Mike Sheridan parecía lógica. Por otra, se negaba a admitir que uno de sus cuidadores le hubiese hecho una jugada semejante.

Estuvo más de un minuto sin decir nada, reflexionando.

Después, comentó:

—No logro entenderlo, Sheridan. Buddy Conn, el calvo, como usted le llama, es mi *manager*. Estoy bajo sus cuidados desde los dieciocho años. Todo lo que sé de boxeo se lo debo a él, y sin pretender ser presuntuoso, le diré que sé bastante. Buddy ha sido y es como un padre para mí. Buddy no pudo haberme hecho una cosa tan fea, no lo creeré jamás.

Mike se acarició la barbilla.

Luego, apuntando con el índice al gigantesco Andrés, preguntó:

—¿Qué me dice del feo?

—Es Andrés González, un boxeador que estuvo en activo hasta hace un par de años.

—¿Español?

—Sí; sus padres eran españoles, aunque él nació en San Francisco. Desde que se retiró, siempre lo llevo conmigo para hacer guantes. Andrés es un gran muchacho. Buddy fue su *manager* cuando él estaba en activo. Ambos se aprecian mucho. Desde que Andrés se retiró, permanece junto a Buddy, para ayudarle a entrenar a sus púgiles. Andrés y yo somos grandes amigos. Tampoco puedo admitir que Andrés me haya vendido por dinero.

—No creo que haya sido por dinero, Ballard.

Éste frunció el ceño y preguntó:

—¿Por qué entonces, Sheridan?

—Miedo.

—¿Miedo...?

Mike cabeceó en sentido afirmativo.

—Pero... ¿miedo de qué, de quiénes? —inquirió intrigado Ballard.

—Ha oído hablar de Henry McLaine, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Pues bien, Henry McLaine tiene tres individuos a sus órdenes que cuando lleguen al infierno harán que el mismísimo Satanás sienta complejo de bueno.

Mike Sheridan puso a Tony Ballard al corriente de los últimos acontecimientos.

El púgil de Los Ángeles se quedó atónito.

—Qué canallas... —murmuró.

—De primera especial —convino Mike.

—¿Y piensa usted que ellos han podido amenazar a Andrés o a Buddy?

—Después de lo que usted me ha contado sobre sus cuidadores, parece lo más probable. Si no podemos admitir que uno de los dos le haya vendido por dinero, debemos creer que fue por miedo a esos tres gorilas de Henry McLaine. Y no es de extrañar esto último, puesto que los procedimientos que utilizan esos indeseables son capaces de asustar a cualquiera.

El californiano miró con admiración a Sheridan.

—Parece que a usted no han logrado asustarle...

—Yo soy un tipo muy raro, Ballard.

—Un valiente, diría yo.

—No tanto, no tanto...

—¿Qué le parece si nos tuteamos, Sheridan?

—Por mí encantado, Ballard.

—Pues hecho. Cuando vayas a enfrentarte con esos desalmados, cuenta conmigo, Sheridan. Te ofrezco mi ayuda sinceramente.

—Bueno, ya hablaremos de eso más tarde. Primero debemos saber si fue Buddy o Andrés quien echó la droga en el agua y por qué.

—Estoy de acuerdo contigo, Sheridan.

—Parece que Andrés ya se está reanimando —observó Mike, mirando al grandullón. Efectivamente, Andrés González empezaba a mover la cabeza.

Sheridan y Ballard se acercaron a él y apartaron el pesado

butacón, para que pudiera levantarse con mayor facilidad.

—¿Cómo te encuentras, Andrés? —se interesó el púgil californiano.

—Mal... —rezongó el grandote, poniéndose en pie—. Me duelen mucho las espinillas, las rodillas, la cabeza... Aquel maldito periodista...

—Hola, Andrés —dijo Mike, situado detrás del forzado González.

Éste, que no había visto al periodista, reconoció su voz y se volvió como mordido por una serpiente.

—¡Condenado periodista...! —Rugió encolerizado—. ¡Te voy a...!

Tony Ballard se echó sobre la espalda del boxeador retirado y le rodeó el pecho, sujetándole los brazos.

—¡Quieto, Andrés! —ordenó.

—¡Déjame, Tony, que lo voy a descoyuntar!

—¡Cálmate!

—¡Lo voy a convertir en sopa de sobre...! —chilló el grandullón, forcejeando con el boxeador de Los Ángeles.

—¡Quieto te digo, Andrés!

—¡Ese tipo me llamó cara de barco!

—Demonios... —rió Ballard, sin soltar a González.

—¡Suéltame, Tony, que quiero comérmelo a dentelladas!

—Pero si ese periodista es...

Tony Ballard no pudo acabar la frase.

Un chillido agudísimo le interrumpió.

Lo había lanzado Buddy Conn.

El calvo, apoderándose de un cenicero de pie, pesado, porque era de bronce, corrió como un demente hacia donde se hallaba Mike Sheridan.

—¡Buddy! —chilló Tony Ballard.

—¡Voy a convertir al periodista en pasta para los dientes! —Mugió el calvo.

Sheridan echó a correr por el espacioso salón, para no ser alcanzado por el *manager* de Tony Ballard.

—¡Tengamos la fiesta en paz, calvo! —exclamó, sin dejar de darle a las piernas velozmente.

—¡Te voy a deslomar, condenado! —Relinchó Buddy, sin

abandonar la persecución.

—¡Calma, calvo! —pidió Mike, saltando un butacón con gran agilidad—. ¡Si dejas de perseguirme te regalo un bisoné!

Buddy quiso imitar el salto de Sheridan, pero estaba demasiado pesado y no levantó sus piernas lo suficiente.

Tropezó con el butacón y se dio un coscorrón impresionante.

—¡Huy...! —gimoteó el *manager* de Ballard, desmadejado en el suelo.

—Aterrizaje forzoso, calvo —sonrió Mike, dejando de correr.

Tony Ballard, que seguía sujetando a Andrés, exclamó:

—¡Por todos los demonios, Buddy...! ¿Es que no vais a hacerme caso?

—¡Ese periodista no debe reírse de nosotros! —graznó colérico González.

—¡Ese periodista es Mike Sheridan, el único que se ha atrevido en su comentario de la pelea de anoche a llamar al pan pan y al vino vino!

—¿Qué...? —balbuceó Andrés, dejando de forcejear.

—¿Cómo...? —Galleó Buddy, empezando a levantarse.

—Lo que habéis oído. El comentario de *La Gaceta Neoyorquina* es suyo —dijo Ballard.

Buddy Conn y Andrés González miraron asombrados al periodista.

Tony Ballard añadió:

—¿Os parece correcto el recibimiento que le habéis deparado a Mike Sheridan?

Andrés carraspeó embarazosamente.

Buddy desvió los ojos y emitió una tos nerviosa.

Ballard soltó a González, diciendo:

—Creo que le debéis una disculpa, muchachos.

El hercúleo Andrés se acercó a Mike y le alargó la derecha, sonriendo tímidamente.

—Te ruego me disculpes, Sheridan. Cómo íbamos a saber...

—Disculpado, Andrés —respondió Mike, estrechando la mano de González.

Buddy Conn también se le aproximó.

—Perdona, Sheridan. Reconozco que nos comportamos estúpidamente contigo.

—Perdonado, Buddy. En cierto modo, teníais motivos para no recibir amistosamente a ningún periodista neoyorquino. Claro que de eso a querer convertirme en todas esas cosas que dijisteis...

El *manager* lanzó una carcajada que fue coreada por Andrés.

Luego, dijo:

—No resulta fácil dominarte a ti, Sheridan. Te defiendes magníficamente.

—Y maneja la pata de silla como nadie —agregó Andrés, riendo de nuevo.

Tony Ballard y Mike Sheridan también, lo hicieron.

—Estuviste a punto de dejar cojo a un español... —dijo Andrés, frotándose las apaleadas rodillas.

—No lo creo, Andrés —repuso Mike—. Los españoles tenéis los huesos muy duros.

—Y que lo digas. Qué raza la española... ¡Viva España! —exclamó orgullosamente Andrés González.

—¡Viva! —exclamó Mike, contagiado del patriotismo del boxeador retirado.

—¡Viva Pedro Carrasco! ¡Viva Urtain! ¡Viva Velázquez! —gritó Andrés, lanzado ya.

—De esos tres sólo he oído hablar del pintor... —dijo muy serio Mike.

—¿Qué pintor? —respondió Andrés.

—Velázquez, naturalmente...

—¡Velázquez es un boxeador español!

—Disculpa, Andrés. Creí que te referías al famoso pintor...

—¡Qué pintor ni qué narices...! Velázquez es un extraordinario púgil, que llegó a ser campeón de Europa.

—Enhorabuena —dijo Mike, mientras Ballard y Buddy reían con ganas.

—¿Y qué me dices de El Morroscó de Cestona?

—¿Algún célebre inventor?

—¡No, señor! A Urtain le llaman El Morroscó de Cestona y también es boxeador. ¡Llegó a ser campeón de Europa de los pesos pesados!

—Vaya, pues me alegro por «El Corroscó de Mestona».

—¡El Morroscó de Cestona! —Rectificó Andrés.

—Ah, sí, eso. Es que el nombrecito...

—¿Tampoco has oído hablar de El marino de los puños de oro?

—¿Algún corsario español?

—¡Nada de corsarios! El marino de los puños de oro es Pedro Carrasco, un magnífico púgil que se zurró con Mando Ramos por tres veces con el título mundial en juego.

—Muy meritorio eso, Andrés...

—En España ha habido y hay grandes boxeadores, Sheridan, ¡viva España! —volvió a exclamar González.

Mike Sheridan se echó a reír.

Pocos segundos después, Tony Ballard cambiaba una mirada con el periodista.

Éste entendió e hizo un leve gesto, autorizando a Ballard para que iniciase el interrogatorio.

El púgil californiano se puso serio y miró fijamente a sus dos cuidadores.

—¿Sabéis a qué ha venido Mike Sheridan?

—No... —respondió Buddy.

—Pero nos gustaría saberlo... —Manifestó Andrés.

Ballard se tomó unos segundos y después reveló:

—A saber quién de vosotros dos echó la droga en la botella de agua que utilicé yo anoche durante el combate con Kid Garland.

Si hubiera estallado una bomba en el salón, no hubiese producido mayor efecto en Buddy Conn y Andrés González.

El primero bizqueó los ojos y empezó a quedarse sin color en las mejillas, mientras un perceptible temblor se apoderaba de todo su cuerpo.

Andrés reaccionó de forma muy diferente. Un intenso rubor cubrió totalmente su cara, al tiempo que empequeñecía los ojos y miraba al púgil de Los Ángeles como si éste fuese un fantasma.

Mike Sheridan, muy atento a las expresiones de Buddy y Andrés, no supo averiguar por ellas quién de los dos era el autor de la faena cometida con Tony Ballard.

Éste también estudiaba los gestos de sus cuidadores con mucha atención, mientras seguía dedicándoles una mirada fría y acerada.

—¿Fuiste tú, Buddy? —preguntó en tono duro.

El *manager* boqueó como un pez, pero como su intento de responder con las cuerdas vocales resultó estéril, se vio precisado a decir que no con su pelada cabeza.

Tony Ballard desvió la mirada y la clavó en González.

—¿Lo hiciste tú, Andrés?

El grandullón negó con un gesto y respondió débilmente:

—No...

El boxeador de Los Ángeles, tras un silencio tenso, exclamó:

—¡Uno de los dos miente! Sheridan afirma que alguien echó la droga en la botella del agua. Yo también estoy seguro ahora de que así fue. Y tuvo que ser mientras yo disputaba el segundo asalto. En aquellos momentos, sólo vosotros dos teníais acceso a la botella. ¿Quién de vosotros fue? ¡Qué responda el culpable, maldita sea!

Buddy y Andrés se miraron interrogantes.

Tony Ballard gritó:

—¿Fue por dinero? ¿Fue por miedo?

Mike —Sheridan intervino:

—Si fue por dinero o por miedo nos lo dirán los dos, Ballard, porque ambos están enterados del asunto.

Buddy y Andrés respingaron nerviosamente y miraron asustados al periodista.

Tony Ballard también miró a Mike, pero con un gesto de perplejidad.

—¿Qué... Los dos...? —inquirió gravemente.

Sheridan asintió con la cabeza.

—Sí, Ballard: los dos. Está claro como la luz del día. A ninguno de ellos se le ocurrió decir: «¿Qué droga? ¿De qué hablas? ¿Qué pretendes insinuar?». Esto hubiera sido lo más lógico en personas que no supiesen nada de la trastada, pero ellos no reaccionaron así. Cuando tú le preguntaste a Buddy si había sido él, se limitó a negar con la cabeza. Andrés también lo negó. No se sorprendieron de que tú les hablastes de la droga, sino de que hubieses podido averiguarlo. Ése es el único motivo de su nerviosismo y de su miedo.

El púgil californiano volvió a clavar la mirada en sus cuidadores.

—Conque los dos, ¿eh? —masculló con los ojos chisporreantes de furia.

—Nosotros... —balbució Andrés, retorciéndose las manos.

—Fui yo, Tony —confesó apesadumbrado Buddy—. Andrés está al corriente de todo, pero sólo porque yo se lo conté. Él no intervino para nada. Solamente puede reprocharse el haberlo consentido,

pero si consintió fue porque creyó que sería lo mejor para todos, especialmente para ti.

El boxeador de Los Ángeles se exaltó:

—¿Lo mejor para mí...? ¿Dejar que me vapuleara un aprendiz de boxeador como es ese Kid Garland y que se quedara con los diez mil dólares de bolsa que había para el vencedor del combate?

—Calma, Ballard —aconsejó Mike—. Deja que Buddy se explique y seguro que verás las cosas de distinto modo.

—Habla, Buddy —ordenó Tony Ballard en tono cortante.

El *manager* se mojó los resecos labios con un lengüetazo y empezó a relatar:

—Ayer por la mañana, cuando salí a la calle en busca de unos cuantos periódicos para enterarnos de lo que se comentaba en ellos sobre tu pelea con Kid Garland a celebrar por la noche, tres tipos me sorprendieron y me obligaron a entrar en un sedán negro. Uno de ellos me apuntaba con una pistola provista de silenciador.

—Ése era Jim *Cara de Bandeja* —terció Mike.

—¿Conoces a ese individuo, Sheridan? —se sorprendió el *manager*.

—Sí, Buddy. Pero continúa tu relato, por favor.

Buddy Conn prosiguió:

—Una vez en el coche, el sujeto de la pistola me dio un par de golpes con ella y me pisó el cuello, mientras otro me golpeaba las piernas con una bolsa llena de perdigones.

—Ésa es el arma favorita de Joe *Cartucho* —dijo Mike.

—También lo conoces, ¿eh?

—Sí, Buddy. Y apuesto a que no oíste la voz del fulano que conducía el sedán, ¿me equivoco?

—No, no la oí...

—A ése le llaman Bill *el Mudo*, porque lo está de verdad.

A Buddy le brillaban los ojos cuando dijo:

—Si alguna vez se ponen esos individuos al alcance de mis puños, el mudo hablará a fuerza de castañazos y a los otros dos les voy a...

—Continúa, Buddy —le cortó Ballard.

El *manager* se pasó una mano por la reluciente calva y prosiguió:

—Esos fulanos querían que tú no ganases anoche a Kid Garland, Tony. Me ordenaron que si en los dos primeros asaltos el púgil

neoyorquino no podía contigo, te echase en la botella del agua un comprimido que ellos me iban a entregar. Me aseguraron que era una droga de efectividad instantánea, pero totalmente inofensiva para el organismo, y que pocas horas después de ingerirla, tú recobrarías tu vigor habitual. A cambio de ello, me entregarían mil dólares.

—¿Qué les respondiste? —interrogó ceñudo Ballard.

—Que no, naturalmente —respondió Buddy—. Pero además de maltratarme de nuevo, me hicieron saber que si no cumplía sus instrucciones, nos matarían a Andrés, a ti y a mí. Al principio pensé que era una fanfarronada para intimidarme, pero cuando me dijeron que King Duman y su *manager* fueron asesinados por negarse a obedecerles, ya no lo dudé. Duman, el boxeador de Arizona... —murmuró Bailara.

—Sí, Tony —confirmó Buddy—. Él y su *manager* aparecieron muertos a balazos en su hotel de Colorado, tres semanas después de que King Duman venciese aquí, en Nueva York, a uno de los púgiles del gimnasio de Henry McLaine. La policía, a pesar del tiempo transcurrido, aún no ha logrado encontrar a los asesinos ni conoce el móvil del doble asesinato.

Ballard suspiró y afirmó con un par de cabezadas.

—Lo comprendo, Buddy.

Éste continuó:

—Se lo comuniqué a Andrés, para saber qué opinaba él. Estuvo de acuerdo conmigo en que lo mejor era seguir las instrucciones de esos tipos. Después de todo, el combate no era valedero para el campeonato del mundo, ni había título alguno en juego. Perderíamos los diez mil dólares de bolsa, pero eso se podía recuperar en cualquier otro combate. Además, por la derrota ante Kid Garland no iba a hundirse tu brillante carrera pugilística. Una mala pelea le sale al mejor boxeador del mundo.

—Sí, Buddy; obraste de forma sensata. Me dolió mucho la derrota de anoche, principalmente, porque Kid Garland es un mal boxeador. Pero me hago cargo de las circunstancias.

Buddy Conn y Andrés González sonrieron.

—No tenemos nada que disculparte, Tony —manifestó el *manager*.

—Lo que lamentamos profundamente es que esos canallas se

hayan salido con la suya —masculló Andrés, apretando los puños.

Tony Ballard miró a Mike y dijo:

—Sheridan está decidido a poner fin a esas canalladas, muchachos. También él ha sido golpeado y amenazado de muerte por los gorilas de Henry McLaine, pero aun así, está dispuesto a seguir luchando. Yo le he ofrecido mi ayuda. ¿Puede contar también con la vuestra?

—¡Desde luego! —exclamó Buddy.

—¡Sin lugar a dudas! —gritó Andrés.

—¡Esos canallas me deben algo y ardo en deseos de cobrármelo con creces! —rezongó el *manager*.

—¡Para desacoplar esqueletos de indeseables me ofrezco siempre voluntario! —exclamó el grandullón.

Tony Ballard sonrió ampliamente y comentó:

—Ya lo has oído, Sheridan. Puedes disponer de nosotros tres para lo que sea. ¿Aceptas nuestra ayuda?

—Naturalmente —respondió Mike—. Cuando llegue el momento de ajustarles las cuentas a Henry McLaine y sus secuaces, recurriré a vosotros. Así, las fuerzas estarán más equilibradas.

Buddy se puso serio, y apuntando con el dedo a Mike Sheridan, masculló:

—Pero nada de llamarme cabeza de melón, ni pequeñín, ni calvo, ¿entendido?

Ballard y Sheridan rieron con ganas.

Las carcajadas de González fueron más estridentes.

—¿De qué te ríes tan a gusto, Andrés? —Gruñó Buddy.

—Hombre, porque todo lo que te dijo Sheridan se ajusta a la realidad —respondió el forzudo González, sin dejar de reír.

—¿De veras, cara de barco? —respondió Buddy.

Andrés se tragó las carcajadas y frunció el ceño.

—Oye, eso de cara de barco no se lo consiento ni...

El que rió fuerte ahora fue el *manager* de Ballard.

Éste y Sheridan se contagiaron.

Andrés acabó por aceptar la broma y unió su risa a la de los demás.

CAPÍTULO VIII

Sandra Ericson introdujo la llave en la cerradura de la puerta de su apartamento y la hizo girar casi con brusquedad.

Después empujó la hoja de madera, entró en él y cerró de un taconazo.

Sandra estaba muy enojada.

El culpable de su enojo era Mike Sheridan.

La breve conversación que había mantenido con él aquella misma mañana no podía olvidarla.

En realidad, no podía olvidar nada que se relacionase con Mike Sheridan desde aquella tarde en que, al salir de la redacción, él la invitó a tomar unas copas y ella aceptó. Luego la invitó a cenar y ella también aceptó.

Después la llevó a bailar a una magnífica sala de fiestas.

La música que producían los violines era deliciosa.

La terraza con luces de colores, muy tenues, una maravilla.

Mike Sheridan era atractivo.

Mike Sheridan la rodeó por la cintura y poco a poco la estrechó contra su pecho.

Mike Sheridan la besó.

Y cómo la besó...

Quizá fuera por la música de los violines, por el ambiente turbador, por la luna que se dejaba ver redonda...

Fuera por lo que fuese, ella se sintió muy feliz y empezó a creer que se había enamorado de su apuesto compañero de trabajo.

Después supo que sí, que se había enamorado de él como una colegiala.

Deseó que Mike Sheridan sintiese por ella lo mismo que ella sentía por él.

Vano deseo...

Mike Sheridan era un sinvergüenza al que le gustaban todas.

Doce horas después de haberla besado amorosamente y haberle dicho con sincera expresión que ella era la chica más encantadora que había conocido jamás, la dejaba plantada y se largaba con una explosiva rubia de Illinois que acababa de ganar el concurso de *miss Anatomía*.

Y el muy caradura quiso disculparse diciendo que no había podido resistir la tentación de intimar con una rusa...

En fin, allí acabó todo entre ellos.

Mike Sheridan había insistido muchas veces desde entonces, pero ella siempre se negó a volver a salir con él.

A pesar de que le seguía gustando.

A pesar de que seguía enamorada de él.

A pesar de que seguía deseando...

¡Al demonio!

Si continuaba pensando en Mike Sheridan su indignación alcanzaría límites insospechados.

Un baño de agua caliente le sentaría bien.

Muchos minutos con su cuerpo estirado en la bañera, sintiendo la agradable tibieza del agua, olvidándose por completo del granuja de Kike Sheridan...

Sí, era lo que necesitaba.

Se desnudó, se cubrió con una bata de suave tejido y entró en el cuarto de baño.

Poco después disfrutaba del reconfortante baño, con montañas de espuma por todos lados.

Echó la cabeza hacia atrás, la apoyó contra el mármol y cerró los ojos.

Empezaba a encontrarse mucho mejor.

—¿Puedo mirar? —preguntó una voz masculina en tono muy amable.

Sandra Ericson tuvo un estremecimiento que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. Abrió los ojos estupefacta y los clavó en la entreabierta puerta del cuarto de baño. Lo primero que descubrió fue un hermoso ramo de flores.

Por arriba del ramo, una cara que, desgraciadamente, le resultaba familiar: la de Mike Sheridan.

El astuto periodista la miraba embelesado, a pesar de que a causa de la espuma, sólo podía ver el rostro de Sandra Ericson.

«¡Maldita sea el inventor de la espuma!», pensó Mike.

La redactora de *La Gaceta Neoyorquina*, absolutamente perpleja, exclamó:

—¡Mike Sheridan!

—El mismo, Sandra —dijo él, ensanchando la sonrisa—. ¿Puedo mirar? —inquirió, mientras trataba de perforar la espuma, con sus ojos.

—¡Ya estás mirando! —gritó irritada Sandra.

—Pero no veo nada... —repuso Sheridan, casi con pena.

—¡Porque se me ocurrió bañarme con jabón espumoso!

—Dichosa ocurrencia... —murmuró por lo bajo el periodista.

—¡Si llega a estar el agua clara y transparente...!

—No me cayó esa breva... —rezongó Sheridan melancólicamente.

—¡Atrevido! —chilló ella, con ojos relampagueantes.

—Mujer, uno es sincero...

—¡Fuera de mi baño!

—Oye, Sandra, te he traído unas flores porque...

—¡Largo de mi apartamento!

—Quiero que hagamos las paces, Sandra.

—¡No deseo hacer las paces contigo ni con nadie que sea tan informal como tú! Sheridan puso cara de sorpresa.

—¿Informal...? ¿Informal yo...?

—¡Tú!

—Si lo dices por lo de la rusa...

—¡No quiero oír hablar de la rusa! ¡No era rusa, no era rusa, no era rusa...! —chilló Sandra, pateando la espuma de forma frenética.

Esto ocasionó que, aunque muy fugazmente, dejase ver un trozo de pierna insuperable. Sheridan hizo que sus ojos cobrasen tamaño de huevos de gallina.

—Era inmejorable... —musitó, refiriéndose a la pierna.

—Inmejorable, ¿eh? —replicó Sandra, con los dientes apretados y el rostro congestionado de rabia—. ¡Pues haberte quedado para siempre con ella! —gritó con ferocidad, creyendo que Mike Sheridan se refería a la rubia de Illinois.

—Nada me gustaría más, Sandra: quedarme con ella. Y con su hermana gemela. Y con el resto de los familiares... —repuso Sheridan, pensando todavía en la pierna vista y no vista.

—¿Qué...? ¿Quedarte con la rubia, con su hermana gemela y con el resto de sus familiares a la vez...? ¡Eres un monstruo, Mike!

—¿Cómo? —Pestañeó Sheridan.

—¡Un canalla, un degenerado, un animal prehistórico!

—¡Para, Sandra, para...! ¿De qué rubia hablas?

—¡Lo sabes perfectamente: de la rusa, como tú te empeñas en llamarla!

—¡Al diablo la rusa!

—¡Acabas de confesar que era inmejorable y que te gustaría quedarte para siempre con ella!

Sheridan se dio cuenta del malentendido y se echó a reír. Eso aumentó la furia de Sandra Ericson.

—¿De qué te ríes ahora? —gritó exasperada.

Mike Sheridan entró en el cuarto de baño y se sentó en una banqueta metálica. Miró socarrón a Sandra y contestó:

—No me refería a la rusa cuando dije eso.

—¿A quién entonces?

Sheridan emitió un carraspeo ligero.

—Verás, Sandra, cuando pateaste el agua, sin darte cuenta, dejaste ver unos pocos centímetros de tu pierna derecha... —dijo, aunque en realidad habían sido muchos centímetros.

Ella dio un respingo y entornó los ojos.

—¿Cuándo dijiste inmejorable te referías a mi pierna...?

Sheridan afirmó con la cabeza.

—Sí, Sandra.

—Entonces... la hermana gemela era...

—Tu pierna izquierda.

—Y el resto de sus familiares...

—Pues...

—¡No lo digas!

—Sandra, que yo soy un caballero...

—¡Truhan! —gritó enfurecida la joven.

—Sandra, yo...

—¡Miserable, canalla, rufián!

—Yo no soy eso, Sandra...

—¡Malvado, perverso, fiera ruin!

—Por Dios, piensa lo que dices...

—¡Me gustaría coger un martillo y golpearte en la boca hasta

dejarte sin dientes!

—Sin dentadura parecería un viejo, Sandra...

—¡Con tantas personas inocentes que mueren diariamente en accidente de circulación...!

—¿Deseas que me haga pedazos con mí «Mercury» sólo porque piropeé tu pierna derecha...?

—¡Querías quedarte con ella y con todo lo demás, desde la cabeza a los pies!

—Eso lo admito, Sandra.

—¡Tu cinismo no conoce fronteras!

—¿Qué tiene de malo que me gustes, Sandra?

—¡Sólo quieres pasar un buen rato conmigo y luego largarte con otra que te guste más que yo!

—Eso no es cierto.

—¡Embustero!

—Yo te quiero, Sandra.

—¡Falso!

Mike Sheridan guardó silencio, pero siguió mirándola a los ojos.

Con tanta insistencia lo hizo, que Sandra Ericson acabó por desviar la mirada.

—Quiero que me escuches con tranquilidad, Sandra —rogó Sheridan—. Sin gritos, sin rencores... Lo que deseo decirte es muy importante para los dos.

—Fuera de mi vista, Mike —dijo ella, sin gritos, como pedía Sheridan, pero manteniendo una expresión de absoluta seriedad.

—¿No quieres escucharme?

—Ya ves que no.

—¿No te importa que esté enamorado de ti?

—Tú estás enamorado de todas y de ninguna.

—Sólo de una: Sandra Ericson.

—Adiós, Mike.

—¿No me crees?

—Desde luego que no.

—Te juro que te quiero, Sandra.

—No jures en falso o irás al infierno.

—Si tú me rechazas iré de todas formas, porque nunca me casaré. Y el hombre que no se casa, ya se sabe: rubia para hoy, morena para mañana, pelirroja para pasado mañana...

—Qué programa más variadito... —repuso ella con guasa.
—No te burles de mí, Sandra.
—¿Por qué no? ¿Acaso no te burlaste tú anteriormente de mí?
—Olvidemos el pasado.
—Caramba, me suena esa frase... —sonrió irónica Sandra.
—Sí, la pronuncié yo esta mañana.
—Pues que la respuesta de entonces te sirva también ahora.
—¿Te pitorreas de mi amor?
—Tú no sabes lo que es amor.
—¿Lo sabes tú?

Sandra Ericson titubeó unos instantes, porque no esperaba que Mike Sheridan le hiciera aquella pregunta.

—¿Por qué no me respondes, Sandra?
—Porque no quiero.
—No, ésa no es la auténtica razón.
—¿Ah, no? —sonrió ella con desdén.
—Estoy seguro, Sandra.
—¿Cuál crees tú que es, Mike? —inquirió con sarcasmo la joven.
—Estás enamorada de mí.
—Qué risa.
—Pues no veo que te rías...

—Porque no tengo ganas. Pero eso que dices es ridículo.
—No lo creo, Sandra. Esta mañana dijiste que los besos que nos dimos aquella noche, mientras bailábamos a la luz de la lima y sonaban los violines, fueron intrascendentes.

—Sí, lo dije.

—Pero no lo fueron, Sandra; ni para ti ni para mí. Ambos los llevamos clavados muy dentro del alma.

—Qué poético, Mike... —suspiró burlescamente ella—. Si cierro los ojos tengo la impresión de estar oyendo a William Shakespeare.

—Deja ese tono irónico, que no encaja ahora.

—Me aburre tu conversación, Mike... ¿Por qué no te largas de una vez?

—No lo haré hasta que te sinceres conmigo, Sandra.

—¿Qué esperas que te diga, que estoy loca por ti? —Se molestó la joven.

—Sí, algo parecido... —sonrió ahora. Sheridan.

—¡Pues eso no lo oirás nunca! —exclamó rabiosa Sandra.

—No empieces con los gritos, por favor. Te irritarás las cuerdas vocales y acabarás afónica.

—¡Si no te marchas inmediatamente llamaré a la policía!

Sheridan soltó una risita.

—El teléfono está en el *living*, Sandra. *¿Quieres decirme cómo piensas llegar hasta él? La bata no está a tu alcance...*

Efectivamente, la bata se hallaba colgada en una percha, pero Sandra Ericson no podía llegar a ella sin salir de la bañera.

Y no podía salir de la bañera estando Mike Sheridan presente...

La joven lo comprendió así y gritó:

—¡Eres un forajido, Mike!

—Tantas cosas me has llamado ya, que por una más...

—¡Villano!

—Al grano.

—¿Qué? —se sorprendió ella.

—Que no perdamos el tiempo diciendo tonterías, Sandra. Confiesa que me quieres y saldré al instante de aquí para que puedas coger la bata y ponértela.

—¡Jamás! —chilló colérica Sandra—. ¿Me oyes bien, Mike Sheridan? ¡Jamás!

—Entonces... —repuso calmosamente Sheridan, haciendo un gesto significativo. Ella lo entendió y voceó:

—¡Prefiero seguir un montón de horas en la bañera!

—Hay bañeras con suerte...

—¡Gusano, bicho, alimaña!

—Vaya mañana.

—¿Cómo? —Parpadeó Sandra.

—Que vaya mañana la que te das para los insultos. Menudo catálogo el tuyo...

Sandra Ericson apretó los puños y cerró los ojos con fuerza, al borde de la desesperación.

—No es bueno permanecer mucho tiempo en el agua, Sandra. Eso está bien para los garbanzos, pero no para una persona...

—¡Vete al infierno!

—Te propongo un trato.

—¡No quiero tratos con un bandido!

—Ya que no te atreves a confesar que estás por mis huesos, te ofrezco otra solución para que puedas salir de la bañera. Si aceptas

mi nueva propuesta...

Ella le envió una mirada asesina.

—¿Cuál es tu nueva propuesta, bellaco?

—Si me das un beso te entrego la bata.

—¡Un puñetazo en la boca, maldito!

—Así no llegaremos a ningún sitio, Sandra.

—¡Eres despreciable, Mike!

—¿Qué importancia tiene que me des un beso? Según tú, no dejan mis labios ninguna huella en ti...

—¡Muérete ya, indeseable!

—Te contradices sin darte cuenta, Sandra. Si fuera verdad que no estás enamorada de mí, no te importaría en absoluto darme un beso con tal de conseguir la bata y salir del apuro. Pero no accedes porque tienes miedo de traicionarte y acabar demostrándome con el beso que estás chiflada por mí.

Los ojos femeninos centellearon.

Sin embargo, Sandra, con el rostro crispado de ira, no replicó.

—Di en el clavo, ¿eh? —sonrió Sheridan, oliendo una rosa del ramo que aún sostenía entre sus manos.

—Estás muy equivocado, Mike —repuso ella adustamente—. No siento nada por ti ni me producen efecto tus besos.

—Demuéstramelo aceptando mi proposición.

Sandra sonrió desdeñosamente.

—La acepto, Mike.

—¿Estás dispuesta a darme un beso a cambio de la bata?

—Sí, no me importa —respondió Sandra con apatía.

—¿Voy por él?

—Hombre, no querrás que sea yo quien se acerque a ti yendo como voy...

—Bueno, lo que se dice querer, querer...

—Menos bobadas, Mike. Empiezo a cansarme de estar en el agua.

—Voy enseguida, Sandra —dijo Sheridan, dejando el ramo de flores sobre el lavabo. Después se levantó, se acercó a ella y se arrodilló junto a la bañera.

Sandra Ericson tenía una expresión de total indiferencia, como si no le importara nada el trato aceptado, aunque interiormente se retorció de puro nerviosismo.

«Si me besa como aquella noche estoy perdida», pensó.

—¿Dispuesta, Sandra?

—Cuando quieras, Mike —repuso ella con frialdad.

Sheridan acercó su boca a la de Sandra Ericson y la besó sin exageraciones, pero con gran habilidad.

Cuando se separó de ella, la joven no expresaba en su cara ninguna sensación, aunque en sus ojos tenía un brillo delator que Mike Sheridan, muy experto en aquellos lances, supo captar y comprender.

—¿Qué tal, Sandra?

—Entrégame la bata, Mike. —Fue la respuesta de ella, con voz carente de emoción.

—¿No has sentido nada?

—En absoluto. Ahora, cumple tu parte del trato.

—Al segundo. Soy un hombre de palabra —dijo Sheridan, poniéndose en pie. Cogió la bata y se la entregó, diciendo—: aquí la tienes, Sandra. Puedes ponértela cuando quieras.

—Sal del cuarto de baño.

—Ni hablar.

—¿Eh...?

—El trato sólo consistía en entregarte la bata a cambio de un beso. Tú cumpliste tu parte y yo la mía. Si quieres que salga del cuarto de baño tendrás que darme un segundo beso.

—¡Eres... eres...! —tartamudeó ella, tan encorajinada que no podía hablar con claridad.

—No te excites, Sandra. Si no te producen efecto mis besos, ¿qué importa que te bese otra vez?

Sandra Ericson, con gran esfuerzo, pudo dominarse.

—Adelante, Mike. Otro beso y fuera del cuarto de baño.

—Al instante, Sandra.

Sheridan la volvió a besar expertamente, de la forma más adecuada para vencer la obstinada resistencia de Sandra Ericson.

Ella, sin darse cuenta, y aunque muy brevemente, respondió a la caricia.

—¿Sigues sin sentir nada, Sandra?

—Fuera de aquí, Mike —ordenó ella, con voz grave y expresión nerviosa, sin atreverse a mirar a Sheridan.

—Sí, el trato era salir del cuarto de baño a cambio de un

segundo beso. Y yo siempre cumplo lo pactado.

Sheridan salió de la estancia, pero se detuvo junto a la entrada y no cerró la puerta. Desde allí la miró astutamente.

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué pasa ahora, Mike?

—El trato no mencionaba cerrar la puerta...

—¡Ya no aguanto más, infame! —chilló histérica Sandra.

—Por un tercer beso cierro la puerta, amor mío.

—¡No habrán más besos, desalmado!

—Pues aquí me quedo, cariño.

—¡Chantajista, reptil, escorpión, chino!

—¡Eh!, deja en paz a los chinos, que en China, como en todos los países, hay personas buenas y malas.

—¡Cuándo te llamé chino me estaba acordando de Fu-Man-Chú!

—Ah, siendo así...

—¡Tú aún eres peor que ese chino de uñas largas y bigotes repulsivos!

—¿Hace un tercer beso, Sandra? Creo que no tienes elección...

Sí, Sandra Ericson sabía que no tenía elección.

Tuvo que autorizar otro beso.

Mike Sheridan quiso aprovechar su última oportunidad.

Y la aprovechó.

A Sandra le resultó difícilísimo contenerse, porque durante el beso deseó abrazarse a Mike y gritarle que sí, que le quería, que estaba perdidamente enamorada de él.

Fue un milagro que lograra frenarse.

—¿Tampoco esta vez, Sandra? —le preguntó Mike, cuando la dejó libre.

Ella, con los ojos cerrados y los labios trémulos, no dijo nada.

—Me voy, Sandra. Hasta que volvamos a vernos, piensa sólo en una cosa: te quiero de veras y deseo casarme contigo. Si tú también me quieres, y yo así lo creo, podrás perdonarme los errores que cometí anteriormente, cuando aún no sabía que estaba enamorado de ti. Podemos ser muy felices, Sandra. Recuerda que, según dicen, los mejores maridos son aquellos que antes de casarse fueron unos sinvergüenzas de campeonato. Si esa teoría es cierta, menuda garantía seré para la mujer que decida aceptarme por esposo... Y ojalá que esa mujer seas tú, Sandra.

Dicho esto, Mike Sheridan salió del cuarto de baño y cerró la puerta.

Pocos segundos después, abandonaba el apartamento de Sandra Ericson, la única mujer por la cual perdería muy a gusto su soltería.

CAPÍTULO IX

El gimnasio de Henry McLaine era un local bastante amplio.

El cuadrilátero para realizar los entrenamientos se alzaba en el mismo centro.

Dos boxeadores, cubiertos con cascos protectores para evitar posibles lesiones en la cabeza, cambiaban golpes con los guantes mientras danzaban sobre la lona.

Un tercero se hallaba ocupado golpeando un pesado saco de arena que colgaba de una barra de hierro.

Otro se ejercitaba ante un espejo, estudiándose concienzudamente todos los movimientos que realizaba.

Cerca de éste se encontraba otro púgil, saltando a la comba con una delgada cuerda.

El sexteto de boxeadores que componían el equipo de Henry McLaine lo completaba Kid Garland.

Éste se hallaba tendido de espaldas sobre una mesa alargada.

Un sujeto le estaba sometiendo a intenso masaje, con lo cual impregnaba el ambiente de penetrante y fortísimo olor a linimento.

Era el *manager* de los púgiles de Henry McLaine.

Entre el olor de linimento y el de sudor fuerte que despedían los cuerpos de los boxeadores que estaban entrenando, la atmósfera del local era densa, caliente, pegajosa, difícil de soportar para personas no acostumbradas a respirarla. El timbre de la puerta se dejó oír.

El *manager* se desentendió momentáneamente de Kid Garland y acudió a abrir.

Antes de hacerlo observó por la mirilla.

Cuando recorrió el cerrojo, tres individuos entraron en el local.

—Hola, Nat —saludó seriamente Jim *Cara de Bandeja*—. ¿Está el jefe?

—Sí, en su despacho —respondió el *manager*, cerrando otra vez la puerta.

Jim *Cara de Bandeja*, Joe *Cartucho* y Bill *el Mudo* caminaron con paso rápido hacia el fondo del gimnasio.

Allí se veía una puerta.

Cara de Bandeja golpeó con los nudillos.

Desde el interior, una voz de hombre autorizó la entrada.

Los tres matones penetraron en el despacho de Henry McLaine.

Éste se encontraba sentado en un sillón, tras una mesa.

Era un tipo elegantemente vestido, alto, delgado, de cabellos negros y rizados. Frisaba los cuarenta y cuatro años.

A pesar de su impecable atuendo, no resultaba un sujeto agradable, porque tenía unos ojos pequeños que miraban fríamente, y su expresión habitual era de dureza.

—Buenos días, muchachos —dijo sin despegar apenas los labios, con mucha petulancia—. ¿Qué os trae por aquí a hora tan temprana?

—Malas noticias, señor McLaine —respondió Cara de Bandeja, dejando sobre la mesa un ejemplar de *La Gaceta Neoyorquina*.

—¿Es el número de hoy? —inquirió Henry McLaine, atrapando el periódico.

Jim *Cara de Bandeja* asintió con un gesto y anticipó:

—Mike Sheridan nos tomó el pelo, señor McLaine. No hay nada del comentario que le exigimos para que se retractara de todo lo dicho por él en el número de ayer.

Henry McLaine tuvo un centelleo en las pupilas.

Mientras pasaba las hojas del periódico, interrogó:

—¿Lo habéis revisado bien?

—Sí, señor McLaine. El tipo nos la jugó —afirmó Jim *Cara de Bandeja*.

Henry McLaine llegó a la última hoja de *La Gaceta Neoyorquina* sin encontrar lo que buscaba.

Lanzó con rabia el periódico a una papelería metálica y rezongó:

—Fuisteis demasiado blandos con él.

—No lo crea, señor McLaine —intervino Joe *Cartucho*—. Le dimos con ganas.

—Pues habrá que darle de nuevo —indicó el propietario del gimnasio—. Y con más ganas todavía.

—¿Quiere que lo quitemos de en medio, señor McLaine? —propuso Cara de Bandeja. Henry McLaine pensó la respuesta.

Después dijo:

—No, todavía no, muchachos. Le ofreceremos una segunda oportunidad. Si le dais el «tratamiento» adecuado, cederá, como todos sus colegas.

—Mike Sheridan parece muy tozudo. —Medió Joe Cartucho.

—Si no cede, peor para él —repuso McLaine—. Le incrustáis dos plomos en la cabeza y lo arrojáis al Hudson.

—Entendido, señor McLaine. ¿Quiere que vayamos por él ahora? —indagó Cara de Bandeja.

—Sí, inmediatamente.

Los tres matones se despidieron con un gesto y caminaron hacia la salida.

—Bill —pronunció Henry McLaine.

El mudo se volvió, mientras los otros dos se detenían también.

McLaine sonrió fríamente y preguntó:

—¿Llevas el soplete en el coche?

Bill *el Mudo* asintió con dos cabezadas.

—Utilízalo con Mike Sheridan todas las veces que consideres necesarias para doblegarle —ordenó McLaine.

Bill *el Mudo* distendió los labios y mostró una sonrisa de agradecimiento.

Y es que al mudo le encantaba manejar el soplete.

Realizaba unos trabajos perfectos con él.

Jim *Cara de Bandeja* y Joe *Cartucho* sonrieron también.

Ambos se divertían mucho cuando veían a Bill en acción, soplete en mano.

Los tres gorilas salieron del despacho, cruzaron el gimnasio y salieron a la calle.

En ella tenían el sedán negro que mencionara el *manager* de Tony Ballard.

Subieron en él y se dirigieron hacia el apartamento de Mike Sheridan.

Cuando llegaron y descubrieron el «Mercury» azul del periodista aparcado frente al bloque de apartamentos, descendieron del sedán y subieron las escaleras, deteniéndose ante la puerta del que pertenecía a Mike Sheridan.

Jim. *Cara de Bandeja* quiso averiguar si la puerta estaba cerrada con llave.

En efecto, lo estaba.

Le hizo una seña a Bill *el Mudo*.

Éste, en cosa de segundos, utilizando una ganzúa, la abrió expertamente, sin ningún ruido.

Los tres matones, silenciosamente, entraron en el apartamento del periodista.

Había luz.

Se detuvieron en el *living*, porque acababan de ver a Mike Sheridan.

El periodista salía del cuarto de baño.

Todavía conservaba el pijama.

Mike, al percatarse de la presencia de los tres sujetos, se quedó paralizado con un gesto de sorpresa.

Jim *Cara de Bandeja* sonrió cavernosamente y dijo:

—¿Qué tal, Sheridan?

—¿Te alegras de vernos? —inquirió burlonamente Joe *Cartucho*, sacando de su bolsillo la bolsa de perdigones.

Bill *el Mudo*, cosa lógica, no dijo nada, pero dejó ver el soplete que hasta entonces había llevado escondido debajo de la chaqueta y esbozó una mueca amenazadora.

—No sabía que fueras fontanero, chico —dijo Mike, mirando al mudo.

—Lo es por afición, Sheridan —comentó Cara de Bandeja—. Hay ocasiones en las que resulta muy aconsejable utilizar un soplete.

—Como ahora, conmigo, ¿eh?

—Así es, Sheridan —dijo Joe *Cartucho*, dándose unos suaves golpecitos en la palma de la mano izquierda con la bolsa de perdigones—. Bill es un experto en tostar pieles. Y lo hace muy artísticamente por cierto. Puede dejarte la espalda a rayas, como si fueras una cebrá. O a cuadros, para que parezca un tablero de ajedrez. También le sale muy bien la piel de tigre, a manchones. Y para qué mencionarte el partido que les saca a otras zonas del cuerpo... Dentro de unos minutos lo averiguarás personalmente.

A Bill *el Mudo* le brillaron los ojos de contento.

—No está bien quemar a las personas muchachos —censuró Mike.

—Tú lo has querido, Sheridan —dijo Jim *Cara de Bandeja*—. Si nos hubieses hecho caso...

—Yo nunca sigo los consejos que me dan tipos como vosotros, cara de tabique —espetó Mike.

A Jim *Cara de Bandeja* le sentó muy mal el insulto.

Instintivamente se pasó una mano por su aplanada cara.

Endureció los músculos del rostro y masculló:

—Te arrepentirás de haberme insultado, Sheridan.

Para demostrar que no amenazaba en balde, Jim sacó un tubo de plomo de uno de los bolsillos interiores de su chaqueta.

—También yo le daré con ganas —regonzó Joe *Cartucho*, mirando ñeramente al periodista.

—Tú lo que deberías hacer es enrollarte las orejas o no tardarán mucho en confundirte con un elefante —replicó Mike—. Con esos orejones corres el riesgo de que algún día te vea Tarzán, salte sobre ti y se siente en tu cuello.

Tampoco Joe *Cartucho* encajó bien el insulto de Mike Sheridan.

Con el rostro contraído de furor y las orejas. —Heridas en su amor propio—, rojas como sandías maduras, rugió:

—¡Vamos por él, Jim!

—¡Vamos por él, Joe! —graznó Cara de Bandeja.

—¡Vamos por ellos, muchachos! —exclamó Mike, saltando sobre Joe *Cartucho*.

La puerta de la habitación del periodista se abrió bruscamente.

Tres huracanes humanos salieron de ella.

Eran Tony Ballard, Andrés González y Buddy Conn.

El boxeador de Los Ángeles obsequió a Jim *Cara de Bandeja* con un rechazazo al rostro que le hizo crujir la cabeza.

Buddy embistió como una res, hundiendo su calva en el estómago de Bill *el Mudo*.

Los dos rodaron por el suelo.

Mike Sheridan, tras haberse echado con furia sobre el orejudo Joe, logrando colocarle un zurdazo al mentón y un rechazazo al plexo, recibió un rodillazo en el vientre, lo cual motivó que cayera al suelo encogido de dolor.

Cuando Joe *Cartucho* intentaba patearle la cabeza al periodista, se encontró con un gigantesco puño que estalló en su alargada cara como una carga de mortero.

El enorme puño pertenecía al no menos enorme Andrés González.

Joe *Cartucho* se fue contra una pared y rebotó en ella como una pelota.

Pero se puso en pie rápidamente, aunque había perdido la bolsa de perdigones.

Andrés fue hacia él con muchas ganas de dislocarle la osamenta.

Tony Ballard estaba convirtiendo el rostro de Jim *Cara de Bandeja* en una masa de carne hinchada y sanguinolenta, porque hacía uso de su fuerza, habilidad y experiencia, sin sentir piedad por un canalla como aquél.

A Buddy no le iban tan bien las cosas con Bill *el Mudo*, porque éste era fornido y más joven que él.

—¡Toma, mudo, para que aprendas a respetar a los calvos! —gritó Buddy, asestándole un golpe en la barbilla.

Bill *el Mudo* lo encajó bien y replicó con un mazazo a la caja torácica y otro al mentón.

Buddy se fue para atrás, tropezó con una silla y cayó de espaldas al suelo.

Mike Sheridan, que ya se había recuperado del rodillazo que le propinara Joe *Cartucho*, se ocupó de Bill *el Mudo*.

Éste le recibió enviándole el puño izquierdo a la cara.

El periodista burló el hachazo con un rapidísimo movimiento de cabeza y contraatacó con un trallazo a las fosas nasales.

La nariz del mudo empezó a sangrar abundantemente.

Mike no le dio respiro.

Le lanzó un gancho al hígado.

El mudo se dobló hacia adelante.

Sheridan elevó una rodilla con fuerza y rapidez, estrellándola contra el rostro de Bill *el Mudo*.

Éste se enderezó al instante.

Mike Sheridan le soltó un contundente derechazo, alcanzándole en el pómulo zurdo.

El mudo dio media vuelta a causa del golpe.

Se encontró con Buddy Conn.

—¡Mío, Sheridan! —gritó el *manager* de Tony Ballard, sacudiéndole un terrorífico puñetazo.

Bill *el Mudo* se tambaleó.

Buddy le zurró en la boca primero y en el estómago después.

Cuando el mudo se encogió con el rostro amoratado, el *manager*

de Ballard le pegó un patadón en el costado derecho.

Él matón cayó al suelo y se retorció con la boca abierta.

Resultaba evidente que a Bill *el Mudo* no le quedaban fuerzas para levantarse.

Por si acaso, Buddy le soltó otra patada, ahora a la cara, y el mudo se durmió en el acto.

Mike y Buddy se fijaron en Tony Ballard y en Andrés González, por si éstos necesitaban ayuda.

Pero no, rió la necesitaban.

Jim *Cara de Bandeja* se hallaba tendido en el suelo, sin conocimiento.

Joe *Cartucho* se encontraba tumbado también, pero muy despierto a juzgar por los chillidos que emitía.

Estaba boca abajo y tenía a Andrés sentado sobre su espalda.

El grandullón le estaba madurando el trasero a fuerza de golpearlo con la bolsa de perdigones.

—¡Ay, ay! ¡Uf...! —exclamaba sin cesar el matón.

—¡Grita, condenado, grita, que hasta que no te cueza las posaderas a perdigonazos no voy a dejar de sacudirte! —exclamó Andrés sin dejar de golpear con la bolsa las nalgas de Joe *Cartucho*.

—¡Basta...! —imploró éste, con el rostro desencajado de dolor.

—¡Eso lo decidiré yo cuando me salga de las narices! —replicó González, siguiendo dale que te dale con el trasero del matón.

—¡Huy...! ¡Piedad...! —Sollozó Joe *Cartucho*.

—Déjale ya, Andrés —indicó Mike Sheridan—. Tengo que hacerle unas preguntas antes de que se desmaye.

Andrés González se puso en pie.

Joe *Cartucho* siguió quejándose, porque los agujonazos que sentía en sus «mejillas traseras» le resultaban insoportables.

—¿Dónde se encuentra Henry McLaine en estos momentos, Joe? —inquirió Mike.

Él matón continuó gimoteando, pero no respondió a la pregunta del periodista.

—¿No me has oído, Joe? —insistió Mike.

Como la vez anterior, no obtuvo respuesta.

El periodista miró a González y ordenó:

—Sigue «trabajándole» el trasero con los perdigones, Andrés.

—¡Con mucho gusto, Sheridan! —exclamó González, sentándose

de nuevo sobre la espalda del matón.

—¡No...! —chilló Joe *Cartucho*, aterrado de pensar lo que le esperaba.

Andrés le dio con la bolsa.

—¡Ay, ay, ay...! —gritó Joe *Cartucho*, desgarrándose de dolor—. ¡Basta, basta! ¡Hablaré!

—Tómate un descanso, Andrés —dijo Mike, González obedeció, pero permaneció sentado sobre la espalda del malhechor.

—Adelante, Joe —apremió Mike—. ¿Dónde se halla ahora Henry McLaine?

—En el gimnasio, en su despacho... —confesó Joe *Cartucho*.

—¿Quién más hay allí?

—Los seis boxeadores que forman su equipo y el *manager*...

—Ocho individuos en total... —comentó Mike, mirando al púgil de Los Ángeles—. ¿Crees que podremos con ellos, Ballard?

—Seguro. Estoy convencido de que ninguno de los boxeadores del gimnasio de McLaine vale cinco centavos.

—¡Vayamos por ellos, Sheridan! —exclamó Andrés.

—¡Y cuanto antes! —terció Buddy, muy eufórico.

Mike sonrió y dijo:

—Primero debemos atar a estos fulanos con las cuerdas que tenemos preparadas en mi habitación.

—Andrés y yo nos ocuparemos de eso, Sheridan —repuso Buddy, dirigiéndose a la habitación del periodista.

Al instante salió con las cuerdas.

—Antes hay que dormir a Joe *Cartucho* —observó Mike.

—¡Hecho! —exclamó Andrés, descargando un mazazo en la nuca del matón.

Joe *Cartucho*, muy a su pesar, se durmió como un bendito.

Buddy y Andrés empezaron a amarrar fuertemente a los tres gorilas de Henry McLaine.

Mike se introdujo en su habitación, regresando poco después con indumentaria de calle.

Tony Ballard comentó:

—La trampa funcionó, Sheridan.

—Era lógico suponer que tan pronto como apareciera el número de hoy de *La Gaceta Neoyorquina*, y Henry McLaine descubriera que no seguí sus instrucciones, me enviara a sus matones con la peor de

las intenciones.

—Así fue, Sheridan. Con soplete y todo...

—Son unos canallas.

—Pocas canalladas podrán llevar a cabo a partir de hoy —
aseguró Tony Ballard.

Buddy y Andrés terminaron de atar a los tres gorilas.

Luego, con cintas adhesivas, les cubrieron la boca, para impedir que pudieran usarla para desatarse en el improbable caso de que despertaran antes de un par de horas.

Para entonces, Mike Sheridan y sus amigos tenían previsto haber dado fin al problema creado por Henry McLaine y su pandilla de secuaces.

Con esta idea fija en sus mentes, los cuatro salieron del apartamento.

Instantes después, el «Mercury» de Mike Sheridan corría hacia el gimnasio de Henry McLaine.

CAPÍTULO X

En el gimnasio de Henry McLaine continuaban los entrenamientos de sus púgiles.

Nat, el *manager* de todos ellos, daba consejos y corregía defectos. Había mucho que aconsejar.

Y mucho que corregir.

Los boxeadores que allí se ejercitaban bajo las órdenes de Nat sólo tenían presencia física, pero carecían de técnica, habilidad y destreza.

Como muy acertadamente pronosticara Tony Ballard, ninguno de ellos valía cinco centavos como púgil.

En cambio, eran unos desaprensivos. Sabían por qué resultaban vencedores en sus combates, pero no les importaba en absoluto. Henry McLaine les daba un tanto por ciento de las bolsas que ellos ganaban de forma tan censurable como antideportiva, y todos contentos.

—Suelta la derecha, Tim —aconsejó Nat desde abajo a uno de los boxeadores que se hallaban en lo alto del *ring*.

El llamado Tim disparó la zurda.

Era así de torpón.

Nat, un sujeto de mediana estatura, cuarenta y tantos años, cara redonda, mejillas coloradas y ojos saltones, se pasó una mano por los órganos visuales para no ver al par de inútiles que se entrenaban en el cuadrilátero.

Pero como su obligación era enseñar, graznó:

—¡El gancho de izquierda, Peter!

Peter, el púgil que se ejercitaba con Tim, soltó un directo de derecha.

Aún era más zoquete que el otro.

Nat endureció el rostro y rezongó un exabrupto.

—¡He dicho el gancho de izquierda, Peter! —Rebuznó fuera de

sí.

Peter obedeció al fin.

Pero su gancho de izquierda fue tan deficiente que alcanzó a su compañero en la parte baja del cinturón.

Tim lanzó un aullido y se encogió con la cara verdosa.

—¡Animal...! —bramó Nat, llevándose las manos a la cabeza.

—Fue sin querer, Nat... —quiso disculparse Peter.

—¡Si das ese golpe en un combate oficial te descalifican en el acto, mequetrefe! —Rugió el *manager*.

—Lo siento de veras, Nat... —dijo, apenado, Peter.

—¿Te encuentras bien, Tim? —se interesó Nat, aun sabiendo que el púgil golpeado en mal sitio estaría viendo todas las estrellas del firmamento y alguna que otra nave espacial USA.

Tim se desencogió poco a poco y miró con ojos centelleantes a Peter.

Respondiendo a la pregunta del *manager*, masculló:

—No me encuentro bien, Nat, pero... ¡peor se va a encontrar éste!

Dicho esto, Tim le soltó un patadón entre los muslos a Peter.

Éste lanzó un alarido que rasgó la densa y olorosa atmósfera como una cuchillada, mientras se doblaba con el rostro lívido y la boca torcida y espumeante.

No contento con el brutal golpe a zona tan delicada, Tim se puso a aplaudir rabiosamente, pero cuidando mucho de que la cabeza de Peter quedase entre guante y guante.

El casco protector impidió que Peter se quedase sordo a golpes.

Nat tenía la boca abierta, incapaz de creer lo que estaba viendo.

Al fin pudo reaccionar y relinchó:

—¡Pero qué estás haciendo, pedazo de mulo...! ¡Vas a dejar la cabeza de Peter estrecha y alargada como si fuera un pepino!

—¡A mí nadie me da golpes bajos, Nat! —gritó Tim, sin dejar de aplaudirle la cabeza a su compañero.

Peter, que no estaba dispuesto a dejarse deformar la cabeza, embistió contra el estómago de Tim.

Los dos se fueron al suelo.

—¡Quietos, estúpidos! —vociferó Nat, viendo que los dos púgiles había iniciado una riña callejera, dándose toda clase de golpes, la mayoría de ellos prohibidos por el reglamento del boxeo.

Los dos formaban una bola humana y rodaban por la lona del cuadrilátero sin dejar de sacudirse.

Tim le mordió una pantorrilla a Peter.

Tras lanzar el correspondiente alarido, Peter le clavó los dientes en el muslo zurdo a Tim.

La aguda nota que brotó de la garganta de Tim no sería capaz de igualarla ni la mismísima María Callas.

Y menos mal que los dos boxeadores llevaban guantes, porque la idea de Peter era sacarle los ojos a Tim, y la de éste, arrancarle la lengua a aquél.

Nat se dijo que ya estaba bien de majaderías. Subió al cuadrilátero.

Atrapó una banqueta.

Le soltó un banquetazo a Tim en la espalda.

Otro a Peter en un hombro.

Tras el par de banquetazos, repartió equitativamente cuatro patadones muy certeros. Tim y Peter se calmaron inmediatamente.

—¡Fantoques, majaderos, necios! —Ladró el *manager*, con ganas de abrirles la cabeza a banquetazos—. ¿Qué forma de comportarse es ésta, mentecatos?

Peter y Tim no respondieron, aunque se miraron con odio el uno al otro.

Entonces sonó el timbre de la puerta.

—¡Abre tú, Monty! —ordenó Nat, para al segundo siguiente continuar recriminando a Tim y a Peter.

Un púgil que saltaba a la comba dejó de hacerlo y, moviéndose a paso gimnástico, se acercó a la puerta.

La abrió sin ojear por la mirilla.

—¿Qué hay, amigo? —le preguntó al joven que aguardaba en la acera.

—¿El señor McLaine? —inquirió Mike Sheridan.

—¿Qué desea del señor McLaine? —interrogó Monty, respirando fuerte por la nariz.

—Entregarle algo.

—Tendrá que entregármelo a mí, porque el señor McLaine está muy ocupado.

—Con gran placer —dijo Mike, dejando ir su puño derecho con la velocidad y potencia de un arpón ballenero.

Monty recibió el piñazo de lleno en el mentón.

Como no esperaba el golpe, lo encajó muy mal y echó a correr hacia atrás.

No pudo mantener el equilibrio por mucho tiempo y cayó al suelo a unos siete u ocho metros de la puerta.

—Adentro, muchachos —dijo Mike, entrando en el gimnasio con los puños dispuestos. Tras él cruzaron la entrada, Tony Ballard, Buddy Conn y Andrés González.

Éste cerró la puerta de un taconazo.

Los cuatro avanzaron despacio hacia el interior del local.

Los seis boxeadores de Henry McLaine les miraron con gestos de sorpresa. También Nat se hallaba perplejo.

No conocían a Mike Sheridan, pero sí a sus tres acompañantes.

El primero en salir de su estupor fue Nat, gritando:

—¡Duro con Tony Ballard y los suyos, muchachos!

El *manager*, Tim y Peter bajaron del cuadrilátero y salieron al encuentro de los cuatro intrusos.

Kid Garland y los otros dos púgiles, que habían dejado de ejercitarse ante la inesperada visita, hicieron lo propio.

El llamado Monty no tuvo necesidad de avanzar para chocar con las fuerzas enemigas. Le bastó con levantarse para estar frente a frente con ellas.

Por eso fue el primero en recibir golpes.

De los más duros.

De los más atroces.

De los más demoledores.

Los otros cinco púgiles y el *manager* también empezaron a «cobrar».

Y en cantidad.

La superioridad numérica no significaba nada.

Aunque eran siete contra cuatro, parecían siete contra cuatrocientos.

Tony Ballard pegaba puñetazos con endiablada rapidez y efectos fulminantes, procurando que la mayoría de ellos los recibiera Kid Garland.

Mike Sheridan, que ya le había cogido el gusto a aquello de sacudir mamporros, los repartía generosamente.

Andrés González disparaba sus mazas sin darse tregua, y soltaba

cada castañazo que hacía retumbar el local con sus chasquidos.

Buddy Conn lanzaba sus puños con fuerza y precisión, pero su arma favorita era la calva. Cuando se le presentaba una oportunidad, embestía con ella y aplastaba tripas sin ningún remordimiento.

—¡Esto marcha, Sheridan! —exclamó Tony Ballard, saltándole dos dientes a Kid Garland de un impresionante zurdazo.

—¡Me estoy divirtiendo, Ballard! —repuso Mike, cerrándole un ojo a Monty de un portentoso golpe de derecha.

—¡Aquí se impone la ley del trancazo, amigos, que es la que a mí me encanta! —gritó Andrés, hundiéndole un pómulo a Tim con su puño izquierdo.

Tim cayó al suelo aparatosamente, emitiendo quejidos.

A continuación, González le soltó un trallazo a Peter, fracturándole el tabique nasal.

—¡De *manager* a *manager*! —exclamó Buddy, largándole un formidable izquierdazo a Nat.

Éste, alcanzado en la mandíbula, echó la cabeza hacia atrás.

Era lo que esperaba Buddy para clavarle la calva en el estómago.

Nat se fue al suelo pegando aullidos.

Los seis boxeadores de Henry McLaine también se quejaban a viva voz.

Sin embargo, la zurra continuó.

La puerta del despacho de Henry McLaine se abrió con brusquedad.

El propietario del gimnasio, que se había dejado ver alarmado por el infernal ruido de golpes y gritos, se quedó pasmado al ver el espectáculo.

Reconoció entre los que sacudían con saña a Tony Ballard.

La presencia del púgil de Los Ángeles y sus acompañantes en el gimnasio le puso muy nervioso, sobre todo, al comprobar con qué asombrosa facilidad estaban vapuleando a sus boxeadores.

Mike Sheridan se dio cuenta de la presencia del elegante individuo y sospechó inmediatamente que se trataba de Henry McLaine.

—¡Yo me encargo del buitre de McLaine, Ballard! —exclamó.

Henry McLaine vio que Mike Sheridan corría hacia él y se dio mucha prisa en regresar a su despacho.

Se abalanzó sobre la mesa, abrió precipitadamente el cajón superior y sacó una «Smith & Wesson».

Se revolvió dispuesto a utilizarla.

Vio un cuerpo que volaba hacia él.

Accionó el gatillo.

Falló, porque el periodista había cruzado los aires como un reactor, dando un salto que le hubiera proporcionado alguna medalla en cualquier olimpiada.

La bala envida por Henry McLaine se incrustó en un archivador.

No tuvo oportunidad de disparar de nuevo, porque Mike Sheridan cayó sobre él y los dos chocaron contra la mesa, yéndose luego al suelo.

El propietario del gimnasio se defendió como una fiera, buscando desesperadamente la forma de recuperar la pistola que había perdido en la caída y que se encontraba cerca de él.

Mike supo evitarlo, dándole un puntapié al arma.

La

«Smith & Wesson»

fue a parar muy lejos de McLaine.

Libre de la preocupación que suponía tener una pistola cerca, Mike Sheridan la emprendió a puñetazos con Henry McLaine.

Éste consiguió colocar un puño en el rostro del periodista y quitárselo de encima.

Casi al instante los dos se pusieron en pie.

McLaine miró a Sheridan con ojos de fiera rabiosa y rugió:

—Tú debes ser ese periodista bastarlo, ¿verdad?

—El único bastardo que hay aquí eres tú, sanguijuela.

—¡Maldito seas, Sheridan...! —bramó McLaine, lanzándole un derechazo.

Mike movió la cabeza a tiempo, esquivó el golpe limpiamente y correspondió con un durísimo puñetazo al hígado.

El gruñido que brotó de la garganta de McLaine fue inhumano, al tiempo que se doblaba hacia adelante.

Sheridan le enderezó con un gancho y después le cascó en la boca con toda la fuerza de que disponía.

La dentadura de Henry McLaine sufrió considerables pérdidas.

Mientras éste escupía piezas dentales, Sheridan le envió dos buenos golpes a la cara.

El tercero, un trallazo entre los ojos, abatió a Henry McLaine de forma definitiva.

Mike le cogió por el cuello de la chaqueta y lo arrastró como si fuera un saco, saliendo del despacho.

Lo que vio una vez fuera le dejó gratamente sorprendido.

Los seis boxeadores de McLaine y su *manager* yacían en el suelo inconscientes, formando un montón de cuerpos humanos.

Buddy y Andrés, alegres como una castañuelas, vigilaban cerca de ellos, prestos a dormir a patadas al primero que empezara a despertarse.

Tony Ballard también se veía muy contento, y reía las bromas que continuamente emitían Andrés y Buddy.

Mike se acercó al montón de cuerpos y dijo:

—Muchachos, aquí tenéis al que faltaba.

Andrés atrapó a Henry McLaine por los brazos.

Buddy se ocupó de las piernas.

Lo elevaron.

—¿Listo, Buddy? —preguntó González.

—Listo, Andrés —respondió el *manager*.

Luego, hablando los dos al mismo tiempo, dijeron:

—¡A la una...! ¡A las dos...! ¡Y a las tres!

Lanzaron el cuerpo de McLaine y éste quedó en lo alto del montón, sobre la piña que formaban los cuerpos de sus boxeadores y del *manager*.

Andrés y Buddy rieron estridentemente.

—Nuestro trabajo ha terminado, muchachos —dijo Mike—. El resto corre a cargo de la policía.

Tony Ballard miró con agradecimiento al periodista.

—Gracias por todo, Sheridan.

Mike sonrió y repuso:

—Gracias a vosotros por haberme ayudado.

—¡Eres un tío grande, Sheridan! —exclamó Andrés González.

—¡Y tan grande! —Corroboró Buddy Conn, con mirada emocionada.

Mike sonrió ampliamente y dijo:

—Voy a telefonear a la policía.

Mientras Sheridan caminaba hacia el despacho de Henry McLaine, tres pares de ojos le miraban con admiración.

No era para menos.

EPÍLOGO

Mike Sheridan entró en el despacho de Raoul Curtis, director de *La Gaceta Neoyorquina*.

—Ya está, jefe —dijo, dejando sobre la mesa de Curtis unos cuantos folios mecanografiados y numerados.

—¿Con todos los detalles, Mike? —repuso Raoul Curtis, repasando ávidamente el trabajo realizado por su empleado.

—Sí, jefe. Es la historia completa de todo lo relacionado con Henry McLaine, sus boxeadores y sus matones. Creo que no he olvidado nada.

Raoul Curtis alzó la mirada y la clavó en Mike Sheridan.

Rebosante de satisfacción, el director del periódico sonrió y dijo:

—Es un gran trabajo, Mike.

—Gracias, jefe.

—Me llueven las llamadas telefónicas de nuestros competidores.

—¿Qué quieren?

—Que les autorice a publicar en sus respectivos periódicos tu reportaje, Mike.

—Pero si aún no ha salido en el nuestro...

—No importa. Se ha corrido la voz de lo que tú has llevado a cabo y todos están convencidos de que tu reportaje será uno de los mayores éxitos periodísticos de los últimos años. Tu nombre empieza a sonar fuerte, muchacho. Y el de *La Gaceta Neoyorquina*, gracias a ti.

—Cuánto me alegro, jefe —dijo, sonriente, Sheridan.

—Nuestros competidores están dispuestos a pagar cantidades fabulosas para poder publicar tu reportaje, Mike.

—Pues, hala, jefe, a hacer negocio. Las oportunidades hay que aprovecharlas.

—Sí, lo haré, Mike. Pero no me olvidaré de ti ni del riesgo que has corrido para realizar tu trabajo. Tendrás un elevado tanto por

ciento de las cantidades que se obtengan por tu sensacional reportaje.

—Sólo cumplí con mi obligación...

—No discutas, Mike: tendrás ese tanto por ciento.

—De acuerdo, jefe.

Raoul Curtis adquirió cierto aire de tristeza.

—Ahora te ofrecerán empleo en periódicos muy importantes, Mike...

—No me preocupa.

—Te prometerán sueldos exorbitantes...

—¿Y qué?

—Seguramente dejarás *La Gaceta Neoyorquina* y pasarás a formar parte de la plantilla de redactores de algún fuerte periódico de la competencia... Yo no te lo reprocharé, muchacho. Es lógica y humana la ambición de mejorar...

Sheridan movió la cabeza.

—No, jefe; no dejaré *La Gaceta Neoyorquina* ni aun ofreciéndome todo el oro del mundo. No soy un desagradecido. Todavía recuerdo mis primeros pasos como periodista.

Nadie quería darme un empleo... Pero vine aquí y usted me aceptó, sin importarle demasiado que fuera un novato en estas lides. Usted me ha dado buenos consejos, ha tenido mucha paciencia conmigo, ha soportado mis bromas y mis chistes... Ha sido, más que un jefe, un verdadero amigo... ¿Cómo voy a olvidar todo eso?

A Raoul Curtis le brillaron los ojos de emoción.

—Mike, yo...

—Nada, jefe; está decidido. Va a tener que soportarme durante muchos años más. Y ahora me voy, que tengo un asunto pendiente y no puede esperar.

—¿Qué asunto, Mike? —se sorprendió Curtis.

—Mi boda.

—¿Qué...?

—Me caso, jefe.

—¿Qué te casas...? ¿Con quién?

—Con Sandra Ericson.

Raoul Curtis abrió la boca y pestañeó atónito.

Mike Sheridan salió del despacho.

Casi se dio de bruces con Marisa Andrews, la secretaria de Curtis, porque ésta había estado escuchando tras la puerta.

La rubia tenía una expresión de absoluta incredulidad.

—¿Es cierto, Mike? —farfulló.

—¿El qué, Marisa?

—Lo de que te casas con Sandra...

—Sí, lo es.

—Parece increíble que tú estés dispuesto a casarte...

—Pues lo estoy, preciosa.

—Y... ¿qué hay del beso indio? ¿Ya no vas a enseñármelo? —inquirió ella atrevidamente, acercándose mucho a Mike.

Sheridan, que no deseaba que Sandra Ericson tuviese nuevos motivos para echarle cosas en cara, corrió hacia la salida, diciendo:

—Que te lo enseñe Toro Sentado, Marisa.

Antes de que la rubia replicase, Mike salió del despacho, entrado poco después en la oficina de Sandra Ericson.

La joven se hallaba de pie junto a su mesa, ordenando unos papeles, más hermosa y subyugante que nunca.

Miró unos segundos a Sheridan y luego continuó con su trabajo.

Sheridan emitió un tosecita nerviosa y caminó hacia ella.

—Hola, Sandra.

—Hola, Mike —correspondió la joven con seriedad, sin mirarle.

—Estás preciosa...

—Sigues tan original —repuso ella con sarcasmo.

Sheridan tuvo un carraspeo embarazoso.

—Sandra...

—¿Qué?

—¿Has pensado en lo que te dije?

—Sí.

—¿Y qué?

Ella guardó silencio y siguió con su tarea.

—Deja de mostrarte indiferente y mírame a los ojos —pidió Mike.

La joven obedeció y sus miradas se encontraron.

—¿Quieres casarte conmigo, Sandra?

Tras una pequeña pausa, ella, sin cambiar de expresión, dijo:

—Eres un sinvergüenza, Mike.

—Lo admito. Pero ya sabes que según dice la gente... —Sí, ya sé

lo de la garantía y todo eso.

—¿Y bien?

—No me seduce la idea de casarme con un sinvergüenza, a pesar de la «garantía».

—Prueba y verás cómo no te arrepientes.

—Tienes la cara muy dura, Mike.

—Tampoco lo niego. Pero estoy seguro de cambiar si te casas conmigo, Sandra.

—Lo dudo.

—No lo dudes, porque ya estoy cambiando. Acabo de tropezarme con Marisa. ¿Sabes lo que me ha pedido?

—¿Qué?

—Que la besara, pero yo me he negado, porque desde hoy mismo quiero serle fiel.

—Marisa es una chica muy mona...

—Pues que se suba a un árbol —repuso, jocosamente, Sheridan.

Sandra no pudo reprimir una sonrisa.

Mike creyó llegado el momento y la enlazó por la cintura. Ella no protestó.

—¿Habrá boda, Sandra?

—La habrá, Mike. Y ojalá que esa teoría sobre los sinvergüenzas sea cierta, porque de lo contrario, soy capaz echarte un veneno en la sopa y dejarte tieso.

Sheridan respingó cómicamente.

—¿Serías capaz de envenenarme, Sandra...?

—Al primer síntoma de infidelidad conyugal, cariño. —Oye, oye, eso...

Sandra le rodeó el cuello con sus brazos y le acercó los labios.

—¿Ya no deseas casarte conmigo, Mike? —preguntó dulcemente.

—Sí, pero...

Ella le dio un beso tierno, muy amoroso.

—¿Decías, Mike? —Ronroneó, rozándole todavía con los labios.

—¡Qué me caso contigo a pesar de lo del veneno! —exclamó Sheridan, abrazándola estrechamente.

Al segundo la estaba besando con ansiedad incontenible.

Sandra Ericson le correspondió mientras pensaba: «¡Hay que ver cómo besa un sinvergüenza...!».

Y es que Mike Sheridan le estaba recetando el mejor beso de su variado y extenso repertorio, en el que, en besos nacionales y de importación, figuraban más de un centenar...

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:

**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIAJAS**

ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España

